

SISINIA ANZE TERÁN

Auroras de Papel

Grupo Editorial
 Kipus

Edición, Noviembre 2016

© Grupo Editorial “Kipus”
Calle Hamiraya N° 127 casi Av. Heroínas
Telfs./Fax.: (591-4) 4731074 – 4582716
E-mail: ventas@editorialkipus.com
Página web: www.editorialkipus.com
Cochabamba – Bolivia

© Autora: Sisinia Anze Terán
sisinia_at@hotmail.com

Depósito Legal:
ISBN:

Queda rigurosamente prohibida sin autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones previstas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Fotografía de portada: Brooke Shaden
Diagramación: Manuel Jesús Zambrana Flores G.E.K.

Impreso en Grupo Editorial “Kipus” Telfs.: 4731074, Cochabamba
Printed in Bolivia

Dedicado

A mi hijo Fabio Mavric Anze

ÍNDICE

Presentación 9

Relatos y Micro cuentos

GENESIS 13
EL ROSTRO del REMORDIMIENTO 22
LAS PINCELADAS de SELENA 45
EN LA TRINCHERA..... 58
UN NUEVO DIOS 64
ESPEJO 75
LOCURA..... 77
TINNITUS 79
CLEPTÓMANA 81

Poemas y Micro poemas

IRONÍA 85
AURORAS DE PAPEL..... 87
TUS HORAS 89
ENCUENTRO 91
PALABRAS..... 93
ESA MUJER..... 95
TU VOZ..... 97
CANCIONES..... 99
EXISTEN 101

Presentación

Muy pocas cosas dejan una profunda huella en una persona como el primer libro que lee, aquel que realmente se abre camino hasta el centro mismo del corazón. Cada libro tiene alma, no sólo el alma de quien lo escribió, sino también el alma de todos aquellos quienes lo leyeron y soñaron con él. Cada vez que un libro llega a nuestras manos, cada vez que nos sumergimos en sus páginas, nuestra alma crece y se hace más fuerte. Y la verdad es que uno no escoge un libro, es el libro el que lo escoge a uno. Las primeras imágenes que imprime en nuestra mente, el eco de las palabras que habíamos creído olvidar, en realidad nos acompañan toda la vida construyendo un universo nuevo en nuestra memoria al que, tarde o temprano, no importa cuántos libros más hayamos leído, cuántos mundos más hayamos descubierto, cuánto más hayamos aprendido, siempre querramos volver.

En los versos resuenan la música y los ecos de la armonía universal. La poesía es conocimiento, salvación, poder, abandono, es epifanía, exorcismo, conjuro, magia, sublimación, experiencia, sentimiento, emoción, intuición, pensamiento, es locura, éxtasis, orgasmo, nostalgia, paraíso, infierno, limbo, es revelación, es la lengua de los escogidos, pura e impura, sagrada y maldita, desnuda y vestida, hablada, pintada, escrita, ostenta todos los rostros.

La actividad poética es revolucionaria por naturaleza, es un ejercicio espiritual, un método de liberación interior. En su seno hombre adquiere conciencia de ser algo más que transitorio. Es un arte capaz de cambiar al mundo entero.



Relatos y
Micro cuentos



GENESIS

Hubo un tiempo en el reino de los cielos, cuando la Tierra era aún una bola de fuego flotando en el universo, en el que Dios, mezclando polvo de estrellas fugaces y el suspiro de una lejana galaxia, sopló su omnipotente aliento, dando vida a un hermoso y perfecto ángel al que bautizó con el nombre de Luzbel, el portador de Luz. Con el tiempo, Luzbel se tornó vanidoso y arrogante; se sublevó contra Dios y puso, hábil y astutamente, a millones de ángeles en contra del Creador desatando un caos. Mija-El, el jefe guerrero del ejército celestial, combatió contra el ángel rebelde e izando su espada dorada logró finalmente vencerlo. Dios, con todo el dolor de su existir, echó a Luzbel y a sus ángeles rebeldes fuera de su reino. Los lanzó a las profundidades de abismos insondables y oscuros, dejando que la maldad y la fealdad de la esencia de Luzbel se moldeara en su propio aspecto; miles de ángeles que odiaban al Creador también sufrieron la misma suerte, convirtiéndose en horrendos demonios. Todos cayeron, y la caída fue interminable, perturbadoramente aterradora.

Los planetas, aferrados a sus celestiales ejes, crujían al girar. Luzbel cayó pasando cerca de Júpiter impregnándose de su brillante irradiación y revistiéndose de chispas fulgurantes. Flotó por el nebuloso Neptuno, pero no pudo aferrarse a él. No pudo detener la sinuosa caída. Los planetas se alejaban con estrepitosa velocidad y se perdían a lo lejos; eran residuos en el espacio, y al instante, ni siquiera eso. Luzbel lloró de impotencia y frustración, sus lágrimas se deslizaron y recorrieron ruidosamente el firmamento, giraron con premura cobrando impulso, adquiriendo cinético brillo; succionadas por la energía de las raíces de la Vía Láctea, daban vueltas en el infinito y, cada una de ellas empezó a despedir chispas y a arder con diáfano

color. Adoptaron el aspecto de claras, luminosas llamaradas solares, formando un collar de meteoritos. Luzbel admiraba las maravillosas formas que aparecían en su caída: estrellas muertas, estrellas que nacían, estrellas de polvo brillante, cometas, meteoritos y nebulosas; cuerpos que se condensaban y que ejecutaban una febril danza. ¿Dónde acababa el Universo? El cosmos estaba repleto de tonos discordantes y Luzbel continuaba cayendo, empujado por un huracán de estrellas sin nombre que con sus sarcásticos tonos le cantaban burlonas. Luzbel caía perdido, desamparado, asombrado, empequeñecido, humillado; ardía de frustración. ¿Dónde estaba cayendo? Pendía en el espacio con relucientes figuras aferradas a una negra cortina ante él. No podía tocarlas; intentaba, pero apenas podía rozarlas en su caída. De pronto, se dio cuenta de que nunca le había interesado conocer sus nombres; había empleado todo su tiempo en admirar su propia belleza. Vio una estrella amarilla, pero monstruosa devorando ávida las luces del espacio; más lejos, había otra azul que lanzaba oleadas de seductora energía hacia el infinito negro; otra gigante atraía hacia su presencia un centenar de quemados planetas.

14

Luzbel y el resto de los ángeles estaban convirtiéndose en una sola llama que se precipitaba en chorro y se derrumbaba hacia los pliegues del infinito. De modo casi instantáneo, el grupo entró en la atmósfera de un planeta desconocido, cayendo a plomo igual que un juego de lustrosas joyas. Atravesaron la corteza incandescente por distintos niveles hacia el centro del planeta, donde densos cristales los envolvió. Sus atenuados cuerpos se entrelazaban con moléculas de amoníaco, azufre y metano. Rodaron estrepitosamente por ardientes charcos de lava que anidaban en desolados y untuosos mares de nafta y en géiseres de petróleo. Jadeantes por el peso de toneladas de negra atmósfera planetaria que oprimían sus cuerpos etéreos,

Luzbel y compañía quedaron tendidos sobre un continente de fuego. El ángel caído exploraba el grande y escabroso núcleo en llamas, que se alzaba en quebrados y metálicos estallidos y lo acogía con ruidosas ondas. Ahí gobernaría y se haría llamar Lucifer por su sequito. Abrigando un profundo odio hacia Dios, no descansaría hasta encontrar venganza.

Dios, en su más pura gloria, en su más sublime amor, quiso dar una oportunidad a aquellos ángeles caídos que deseaban volver al Él. Volverían, pero antes deberían recuperar la confianza del Creador y demostrar que eran dignos de su perdón. Dios escogió la Tierra, la tomó entre sus manos apagando el fuego de su superficie y, enfriando su corteza, creó los mares, lagos, montañas; puso toda clase de animales y plantas, y encarnó al primer ángel arrepentido. Creó su cuerpo similar a la de los seres celestiales con la diferencia de que a éstos les equipó con músculos, articulaciones, tendones, huesos y un sistema de funcionamiento que les permitiría valerse por sí mismos en aquel mundo desconocido. Dios, antes de regresar al cielo, sopló su aliento divino sobre su creación otorgándole vida: un complejo organismo con procesos metabólicos y emocionales. El ser, al que había denominado hombre, despertó y un mundo nuevo se filtró dentro de sus pupilas. Aspiró una bocanada de aire que penetró por primera vez dentro de sus pulmones, sintió agujas en los ojos, percibió un laberinto de tubos bajo la piel y un fluido que recorría a chorros dentro de éste. Oyó el incesante golpeteo dentro de su pecho que hacía eco en sus glándulas, sintió cómo su cuerpo se llenaba de calor, y como el roce del aire erizaba su piel. Al instante, brotaron llamas en su cráneo, la mágica danza de sus neuronas empezó a desatar relámpagos dentro de su cabeza. Percibía perezosos pensamientos que se abrían paso con lentos y pegajosos goteos hasta las profundidades de

su conciencia. Este cuerpo nuevo, esta disposición de órganos, carne, músculos y huesos contendría su alma.

El ser oyó el traqueteo sobre las piedras que se extendían por los ríos de aguas claras. Un agudísimo plañido. Un fragor intenso. Una llovizna de relucientes gotas. Un burbujeo de savia. Alas que se desplegaban, chapoteos, siseos. No había otro ser igual o similar a él en los alrededores. El hombre se encontraba dentro de una gigantesca esfera de soledad.

Escuchó ruidos tan nuevos y ajenos a su entendimiento, así como el canto tan dulce de un ruiseñor. Sometiéndose a ese hechizo, ¿cómo podría resistirse? La magia de la melodía embrujaba a su alma, haciéndose cada vez más dulce. El hombre levitó en sintonía con el infinito. Apoyó sus manos al suelo y sintió esa misteriosa textura de la tierra, tan húmeda y granulosa que quiso estrujarla entre sus dedos con una fuerza que no sabía ajustar. En cuanto se puso de pie; la brisa, apasionadamente viva, explotó provocando que sintiera el tironeo de sus músculos y la fuerza con la que sus ligamentos lo sostenían. ¡Qué maravillosa estructura conformaba su cuerpo! Dio un paso inseguro, titubeante, tambaleando su estructura. Tanteó su peso familiarizándose con la gravedad; dio otro paso levantando emanaciones de flamígera pelusa. Su mente estaba clara, y sus percepciones dulcemente exactas. El ambiente estaba cálido y fragante; unos pequeños seres daban vueltas en un liso cielo azul, desplegando sus enormes y maravillosas y coloridas alas. ¿Qué eran esas asombrosas criaturas?

16

Miró al cielo y sus ojos se desviaron hacia una enorme esfera de fuego; la intensidad de la luz que ésta emitía era tan poderosa que no podía mantener la vista sobre su resplandeciente forma; se cubrió el rostro con ambas manos y sintió punzadas en los globos de los ojos. El opresivo astro se encontraba a baja altura

sobre el colorido horizonte. Qué hermoso panorama tenía al frente: un jardín lleno de rosas, tulipanes amarillos y blancos, narcisos, juncos y palmeras, flores azules en abundantes racimos, un árbol con hojas menudas, otro con hojas enormes; robles, abedules. Eran hermosas formas que su cerebro intentaba descifrar. Esbeltos árboles con ramas verdes, ensortijadas espirales de viscosas y vibrantes enredaderas, enormes flores en cuyo interior fluctuaban estambres de espumosa superficie, esparciendo polen de terca apariencia. Siguió caminando solo por secretos valles y atravesó picos con orlas de légamo. Vio claroscuros. Luz que descendía danzando hasta los chispeantes pólipos de arena donde extrañas criaturas rastreaban sueños dormidos. Vio aves en sus nidos y reptiles nocturnos en sus agujeros; vio imponentes raíces de árboles y vastos arbustos; bellas flores que se entrelazaban, retorcían y se extendían sin límites. Preciosos minerales relucían en la corteza del planeta. El hombre localizó ríos y mansos lagos. Tocaba todo y él era tocado por todo. Los canales de su mente se llenaron de colores como pozos, emitiendo sedientos ruidos de succión mientras la violenta luz se introducía en su cráneo. Todo vibraba en ondas multicolores. Todo era radiante. Del centro de una simple hoja brotaban mil gradaciones de tonos verdosos, ¡Qué artista el Creador! El cielo era un prisma, y el hombre danzaba bajo el hermoso rayo multicolor, su piel reflejaba las indescifrables y cavernosas confusiones de luz y sombra. Suspiró profundamente. Existía, estaba con vida dentro de un extraño cuerpo, plenamente vivo al final de cuentas.

Caminaba explorando aquel mundo lleno de fascinantes componentes cuando paulatinamente empezó a oscurecer y plateados cuchillos de luna cayeron sobre la Tierra ondulándola con suaves desplazamientos. La azulina luz de la luna avanzó y fue a posarse sobre el hombre despojándolo de todo color.

Bulliciosos temblores azotaban a la noche que acababa de nacer. El hombre sintió terror a la oscuridad.

Al despuntar el nuevo día, vio una silueta resplandeciente y sutil cerca de él. Era Dios extendiéndole los brazos para estrecharlo contra su pecho. El hombre lloró de profunda felicidad porque, recordó su existencia en el Reino de los Cielos, su rebeldía y la fatal caída a las profundidades del infierno. Se abrazó a Él y, por primera vez, sus cuerdas vocales emitieron sonidos. Pidió perdón por haber escuchado a Luzbel y haberse rebelado. Dios lo miró piadosamente y le explicó que había creado la Tierra, ese maravilloso paraíso, sólo para él, para que, a través de su conducta y libre albedrío, le comprobase que era digno de volver a la Gloria de Dios, a la Fuente Divina. Finalmente, mirándolo a los ojos le puso por nombre Adán.

18

En una segunda visita, cuando el Sol había galopado varias veces por los cielos que cubrían ese hermoso jardín, Dios le prometió a Adán una compañera y fue que creó a la mujer y le puso por nombre “Eva”. Adán la recibió con alegría. Las pulposas plantas suspiraron, se estremecieron, se balancearon. Una aromática fragancia casi afrodisiaca se extendió y el mundo gimió de placer. La anatomía de la mujer era delicada y frágil; poseía unos senos dispuestos en lo alto de la caja torácica: prietos, turgentes y pletóricos. Su cintura era estrecha, sus caderas amplias y redondeadas. Fina vellosidad dorada cubría su bajo vientre, y como una flecha subía hacia el esternón. Entre sus contorneadas piernas, donde Adán tenía sus órganos genitales, había sólo una hendidura. El hombre y la mujer vivirían en el jardín, procrearían descendencia; unidos por el sentimiento del amor, concebirían hijos, y cada uno de ellos se llenaría del espíritu de un ángel rescatado del abismo. Llegarían al mundo sin recuerdos, ni conocimientos; indefensos, dependientes de

sus progenitores; crecerían hasta valerse por sí mismos y crear descendencia por cuenta propia; así el ciclo continuaría hasta el juicio final, hasta que todos los ángeles del abismo negro del pecado fueran rescatados. Mientras tanto vivirían gozando de las maravillas que el Creador puso para ellos en aquel mágico jardín.

Un día, Eva reposaba bajo la sombra de un abeto, su larga cabellera azabache caía como una cascada de aguas negras sobre sus pechos. Olía despreocupada una flor cuando escuchó su nombre; el llamado provenía de la copa de un árbol semejante a un paraguas de carnosa piel. Cuando alzó la mirada vio a una criatura alargada enroscada a una rama. Ésta bajó deslizándose hasta quedar frente la mujer, le susurró al oído y la tentó a comer del fruto prohibido del árbol que Dios había incrustado en el jardín y del cual, ya desde el primer día, les había advertido no comer. La mujer se dirigió hacia el árbol y dubitativa tomó el fruto entre sus manos, era rojo y apetitoso. A Eva se le hizo agua la boca, pensó que al comerla obtendría la sabiduría de Dios, tal como el extraño ser le había susurrado al oído. Eva le dio un mordisco desatando una ráfaga de inquietudes y, cuando apareció Adán, influenciado por su compañera, también mordió del fruto. Repentinamente una sensación de vergüenza nació entre ambos. Enroscado en el árbol y sumergido en las oscuridades, el tentador reía placenteramente porque había rescatado lo que le había sido arrebatado de sus dominios. Ahora sabía que con el poder de la persuasión, podría ir recobrando a sus amados ángeles caídos.

Cuando el Creador bajó a verlos, con ojos tristes y añorantes comprobó que Adán y Eva le habían desobedecido, y un incontrolable torrente de decepción lo invadió. Los echó del jardín a las áridas laderas sin nombre, sentenciándolos a sufrir

las inclemencias del tiempo, el hambre, el dolor, el sufrimiento y, finalmente, la muerte. Adán y Eva se encontraron con un mundo hostil, tenebrosamente desolado. Ahí afuera las formas eran extrañas, había muchos troncos abultados de sucio color marrón sin ramas, hojas ni flores. De esos grotescos troncos pendían cascadas de pulposas hojas negras que se extendían hacia un nauseabundo pantano. El suelo se agitaba, temblaba y se agrietaba por donde asentaban los pies ampollados. En repulsivos cráteres criaturas nocturnas, reptantes, largas, líquidas y plateadas se deslizaban hacia una llanura estéril. Hombre y mujer caminaron atravesando áridos desiertos, y cuando la noche cayó por vez primera en esas desoladas tierras, los relámpagos rasgaron el horizonte y los truenos bramaban y se alejaban entre brumas grisáceas, mientras ellos corrían en busca de refugio. Las silenciosas explosiones de los relámpagos perfilaban remolinos de lluvia. Los azotaban vientos huracanados. El retumbar de los truenos inundó el cielo de grises y pesadas nubes mientras éste se ponía blanco y trazaba imágenes ardientes en las retinas de la desesperada pareja. Cuando ingresaron en la sombra de un solitario tronco, y las estrellas se hicieron visibles en los retazos negros que dejaba la maraña de hojas muertas, escucharon aullar a una manada de bestias carroñeras.

20

Al día siguiente emprendieron el viaje enterrándose en las profundidades arenosas del desierto. En el recorrido apareció un gigantesco ojo incandescente que parecía mirarlos con malevolencia: era la superficie de un oasis en cuyas aguas se reflejaban los rayos del Sol. Bebieron, percibiendo el crujir que sacudía a sus estómagos vacíos, y por primera vez la dolorosa sensación de hambre hizo presa de ellos. Así pasaron los días, aprendiendo a sobrevivir en aquel mundo que les había dado la espalda. Con el tiempo se acostumbrarían a su nuevo entorno,

y encontrarían la manera de sobrevivir a los tortuosos embates de un planeta deprimente. Tendrían hijos, envejecerían, sus cuerpos frágiles se deteriorarían hasta que el último hálito de fuerza se extinguiese, encontrando finalmente la muerte física, y así el ciclo se repetiría hasta el fin de los tiempos.

Lucifer empezó con una minuciosa tarea de ataque, mandando a sus huestes demoniacas a la Tierra para que pudieran susurrar dudas al oído del hombre, arrastrándolo al pecado e impedir de esta manera su evolución espiritual. Dios, viendo la oleada de maldad que invadía a la humanidad, mandó al mundo a su ángel más audaz hecho hombre, para que enseñase Su palabra y muriera lavando el pecado original: el haberse rebelado contra Él.

EL ROSTRO del REMORDIMIENTO

Una mujer de aspecto descuidado subió las tres escalinatas del ómnibus con destino a la ciudad de La Paz. Tenía la mirada perdida y un rictus de angustia en el rostro. Tomó el asiento libre junto al pasillo, en la quinta línea del lado izquierdo. La mujer intentó acomodar su gran bolsón rojo en el compartimiento sobre su butaca, pero éste no cabía en el limitado espacio restante; el bus estaba casi lleno y ya otros pasajeros habían colocado sus cosas en los compartimentos. Tomó asiento y puso el bolsón en el piso, entre sus pies. De su cartera sacó un periódico doblado en ocho y lo alisó para leerlo; era el suplemento amarillista de “Crónicas Rojas”, una revista popular que publica accidentes y noticias de tintes morbosos.

22 La movilidad se desplazaba ligeramente por las calles hasta que, al cabo de unos minutos, alcanzó la carretera. Eran 8 horas de viaje, por lo que la mujer se aseguró de comprar unas empanadas y una botella de refresco para no pasar hambre durante el recorrido. El bus se detuvo inesperadamente en una esquina, y la puerta se abrió con un singular crujir metálico. Subió una señora de mediana edad, quien cargaba un bolsón de mano y una cartera. La mujer del bolsón rojo se sintió incómoda al intuir que la extraña caminaba hacia ella para tomar el asiento disponible a su lado.

—Buenas tardes. Con permiso — le dijo, sentándose al lado de la ventana.

La mujer apenas alzó la nariz, saludando con indiferencia, mientras fingía leer el periódico.

—Las noticias son cada vez más de terror, ¿verdad?

—Sí —musitó la otra, secamente.

—Este mundo está cada vez más loco —protestó, cuando se apoyaba al respaldar.

La mujer del bolsón rojo asintió con la cabeza.

—¿Viaje por trabajo? —inquirió la desconocida.

«¿Y ahora qué? —pensó—, sólo me faltaba que esta doña viniera a fastidiar.»

—Sí, sí, sí... —respondió en un tono que parecía querer decir: «Déjeme tranquila.»

—Sí, yo también. Viajo todas las semanas a Oruro y a La Paz.

«Humm, seguro por eso se las pasa molestando a los infelices que les toca ir a su lado», caviló, fastidiada.

—¿Y a qué se dedica?

—¿Perdón?

—¿En qué trabaja? Está viajando por trabajo, ¿no?—insistió la extraña.

—Soy comerciante y llevo zapatos a la tienda de una amiga—musitó la otra, creyendo que la desconocida dejaría finalmente de hablarle.

—¿Cómo se llama la tienda?

—¿Cómo dice?

—La tienda...., la de su amiga...

—Disculpe, pero estoy tratando de leer el periódico —objetó, al momento de levantar la revista a la altura de sus ojos, a manera de cubrir su rostro.

—Usted no está leyendo. Quiere aparentar que está leyendo para ignorarme.

«¡Agggg!, a la hora que se da cuenta ésta. », pensó para sí misma.

—Bueno, sí, es cierto, no tengo ganas de hablar con usted. Me está poniendo nerviosa.

—Más bien debería ponerse nerviosa de leer esa atrocidad que no debería llamarse periódico —articuló la mujer, dando dos golpes al papel con el dedo índice—. Los periódicos son revistas para informar, instruir y no andar poniendo esas obscenidades de asesinatos y accidentes con sus horribles fotografías sangrientas —finalizó.

—¡Pues hay gente a la que le interesa saber estas noticias que periódicos grandes omiten. A fin de cuentas es una realidad, ¿no?

—Sí, el mundo está lleno de toda clase de gente; por ejemplo, están estos perversos que disfrutan de matar, también están los que se ven obligados a hacerlo, víctimas de ciertas circunstancias —la extraña le echó una mirada inquisitiva.

24 La mujer del bolsón rojo apoyó el periódico sobre su regazo e, incomoda, giró la cabeza para mirar a los pasajeros apostados en la parte trasera, intentando ver si había algún asiento desocupado; pero, para su mala suerte, no encontró ninguno.

—No hay asientos libres. Tendrá que acompañarme el resto del camino, o sea, las siguientes seis o siete horas.

—Usted es una pesadilla, ¿sabe?

—No sea descortés, por favor.

—¡Ah, sí...! Pero lo es. Es un fastidio total.

—Me llamo Aduya, a propósito. ¿Usted cómo se llama?

—Eso a usted no le importa. ¿No entiende que no quiero hablar con usted?

—¿Acaso no es más cómodo hablar con alguien conociendo su nombre?

—¡Déjeme en paz! O iré a hablar con el conductor para que la baje.

—¿Por qué está a la defensiva, Soledad? Yo no pienso hacerle daño.

—¿Qué? ¿Cómo sabe mi nombre?

—Jajajá. No crea que soy adivina, no. Lo leí en la etiqueta de su bolsón; ahí donde también se lee la dirección de su casa —dijo, apuntando con el dedo la pequeña etiqueta del bolsón rojo que sostenía entre los pies—. Buena idea eso de usar etiqueta, ¿no?, en caso de perder el bolsón, digo. Aunque me parece muy graciosa su inocencia al pensar que si alguien lo encontrara se lo iría a devolver.

Soledad respiró profundamente.

—Bueno. No todo el mundo es deshonesto, hay gente que sabe diferenciar lo bueno de lo malo. En otras palabras, hay gente que respeta la privacidad de otros.

—¿Qué quiere decir? ¿Que soy de esa clase de gente que no sabe diferenciar lo bueno de lo malo?

—Al que le quede el guante que se lo chante.

—Claro que sé diferenciar lo bueno de lo malo. Cada día vivo el remordimiento de lo que una vez hice, ¿sabe?

—No sé y, francamente, no me interesa —objetó Soledad, volviendo a levantar el periódico.

—Justamente a esto me refiero —dijo, arrebatándole el periódico de las manos.

—Pero, ¿Qué demonios?

—Tranquila, sólo deseo toda su atención para contarle mi historia.

—No me interesa su historia. No me interesa hablar con usted. Pero, ¿quién se cree?

—¿Yo?, soy Aduya, la persona que la acompaña en su viaje a La Paz.

—No se haga a la payasa. Esto ya es el colmo —dijo poniéndose de pie para dirigirse hacia la parte trasera del bus.

Los pasajeros la miraban absortos, mientras ella iba preguntando quien deseaba cambiarle el asiento. Pero no obtuvo ninguna respuesta y tuvo que volver al lado de la extraña que la recibió con una sonrisa irónica.

26 —Qué pena, ni modo, tendrá que aguantarme el resto del viaje. Pero como le dije antes, deseo contarle esa parte de mi vida que me dejó con tanto remordimiento.

—No tengo opción. Este es el peor viaje que me ha tocado en mi vida.

—No sea dramática. Verá que le interesará la historia. Mire, esto pasó hace mucho tiempo, cuando yo era una niña. Tendría unos cuatro años y todo era perfecto hasta que nació mi hermanita, Gloria, una niña de redondas mejillas y boca como de una flor roja. Todos se derretían al verla. Mis padres sólo tenían ojos

para ella. No sabe lo frustrante que es para una niña de cuatro años sentirse desplazada.

—Me imagino que usted ya era latosa desde entonces.

—No sea ruda, por favor. Usted no tiene idea de lo que es vivir con el sentimiento de culpa toda la vida.

—¿Qué es eso tan grave que ha hecho para que se sienta culpable?

—Ahora muestra interés, gracias.

—No es interés, solo espero que luego de contarme su historia me deje en paz de una vez por todas.

—Vamos, lo único que intento es hacer más agradable el viaje. Ayudará a que el tiempo transcurra con mayor rapidez.

Soledad tomó el periódico y lo dobló al momento de guardarlo en su bolsón rojo. Se acomodó en su asiento y apoyando la cabeza en el respaldar, empezó a mirar por la ventana los últimos jaspes de luz teñidos en el cielo.

—Soy toda oídos.

—Bueno, ya se lo dije, mi nombre es Aduya.

—Sí, sí, ya me lo dijo. ¿Cómo olvidar ese nombre?

—Cuando cumplí cuatro años nació mi hermanita.

—Gloria, sí, lo recuerdo.

—Si sigue interrumpiéndome, no llegaremos a ninguna parte.

—Tiene razón. ¡Vamos, apresúrese! Terminemos con esta cháchara de una vez por todas.

—Empecé a odiar a mi hermanita, porque me di cuenta de que mis padres la amaban más a ella que a mí.

—¡Qué absurdo! Los padres aman por igual a sus hijos.

—Tenía cuatro años. Y yo no lo sentía de esa manera, ¿sabe? En todo caso, Gloria era la más bonita, la más tierna. Toda la atención era solo para ella. Yo era una sombra. Nadie se daba cuenta si yo estaba presente o no.

—¡Qué raro! Con lo latosa que es.

—No lo soportaba. Hay que tener en cuenta que yo era una niña, también necesitaba cariño y atención; pero no, yo era la que recibía los gritos y palizas si Gloria se caía o se golpeaba. Yo era responsable si ella lloraba tan solo por el hecho de que era la mayor y era obligación mía proteger a la niña bonita—suspiró—. Aún la puedo ver al cerrar los ojos, con su vestido blanco de encaje suave y diminuto como el atuendo de un ángel en torno a sus pequeñas y delicadas formas; la suavidad de su piel, como la piel aterciopelada de una cálida fruta, de duraznos entibiados por los rayos del sol —volvió a suspirar—. Aún escucho su voz tan bella como su belleza física, clara como una campanita.

—Bueno, eso no tiene nada de raro, seguro mucha gente se sintió igual al ser hermano o hermana mayor.

—Escúcheme. Una noche, cuando yo ya tenía nueve años, escuché a mi madre, mientras ella le colocaba a Gloria la ropa para dormir: “Gloria, mi bella estrellita, ¿quién es el amor de mi vida?” y, abrazándola, dijo: “Sí, mi pequeña Gloria, ella es el amor de mi vida”. Se dio cuenta de que yo estaba ahí, dejó de sonreír y ordenó: “Vete a la cama, ya es hora de dormir”. ¿Se da cuenta? Yo esperaba que me dijera algo dulce, como: “Ve a

la cama, mi amor” o algo así. Pero no. Aduya era la sombra no deseada.

—Usted exagera. A los niños pequeños siempre se les dice cosas así, necesitan sentir que están seguros.

—Yo necesitaba sentirme segura y amada también, apenas tenía nueve años.

—Bueno, se sentía desplazada, ignorada. ¿Eso qué? No es motivo para sentir culpa toda la vida.

—No he terminado de contarle —suspiró— Una noche, en Nochebuena, yo contemplaba el arbolito de navidad en la sala; un bello arbolito que había ayudado a armar y, de repente, mis ojos se fijaron en los cables insertados en el tomacorrientes. Mi padre tuvo que improvisar al ver que la clavija eléctrica se había roto. Yo, a esa edad, ya sabía lo que podía ocurrir.

—No comprendo ¿Cuáles eran sus intenciones? ¿Deseaba usted que su padre se electrocutara?

—No. Claro que no. Yo amaba a mi padre. A la que odiaba era a Gloria. Pero déjeme continuar —tomó aire y prosiguió— Esa noche cenamos en familia, vinieron los abuelos trayendo regalos para todos. ¡Claro!, la que recibió más regalos fue...

29

—Déjeme adivinar: la pequeña Gloria.

—¡Exacto! Después de comer, Gloria y yo corrimos hacia el árbol de navidad para abrir nuestros regalos. Nuestros padres y abuelos se quedaron sentados en los sillones de la sala y, una vez que abrieron sus regalos, se pusieron a conversar temas de mayores.

—¿Qué recibió ese año? ¿O por niña maleducada Papa Noel no le trajo nada?

—Jajá, buen chiste. Recibí un diario con la cara de Hello kitty, una gatita blanca, unos zapatos y un vestido; en cambio, Gloria recibió media docena de muñecas, ropa, zapatos, dulces. No sabes cómo ese tipo de actitud de dar preferencia a uno más que a otro daña el corazón.

—Ese no es motivo suficiente para odiar...

—...Usted no entiende, no era el simple hecho de los regalos, sino, todo; el haberme hecho sentir menos; menos querida, menos importante, menos amada. Todo eso me creó un resentimiento muy grande en el corazón y ya no lo aguantaba más.

—Ya veo.

—Aproveché la distracción de mis padres y abuelos. La pequeña Gloria jugaba con sus muñecas, abstraída del mundo. Me acerqué a su oído y le pedí que jalara del cable, incluso le señalé qué parte debía agarrar. Ella estaba más interesada en jugar con sus muñecas; entonces le dije, que si lo hacía, le daría mis regalos. Usted sabe qué ingenuos son los niños. Prácticamente se lo creen todo. Fue sencillo.

30 Soledad se quedó estupefacta, no daba crédito a lo que escuchaba.

—La niña tonta me creyó, se acercó al cable y su manita pequeña se aferró a él. Las luces se apagaron por un instante emitiendo un chasquido penetrante. La pequeña Gloria se sacudió frenéticamente y cayó al suelo pesadamente.

—Eso no puede ser cierto. Pero, ¿qué cosa más horrible está usted diciendo?

—Recuerdo bien como se la veía; pequeñita y frágil; estática como si se hubiera convertido en un trozo de mármol. Era una hermosa y triste visión, ese rostro de muñeca inocente y sagrada sobre el suelo, parecía una broma dulzona y cruel que el artista había pintado en un estado de completa locura. Así como estaba, muerta, aún parecía un angelito de pelo desgreñado con los pequeños labios en forma de corazón, rígidos, que no volverían a pronunciar palabra alguna. Su manito, aún aferrado al cable, era totalmente como la mano de una muñeca, perfecta, pero, el olor a carne y pelo quemado, eso sí que era sobrecogedor, hasta aterrador, se lo juro. ¡Sí! La escena se quedó bien grabada en mi mente. Nunca la olvidaré.

—Es usted un monstruo. Eso no hace una persona normal.

—¿Y qué es normal para usted? ¿Usted se considera normal?

—Yo nunca he matado a nadie.

—¿Está segura de lo que dice? Yo no lo afirmaré así a la ligera si fuera usted.

—¿Usted qué sabe? No me conoce, no sabe nada de mí.

—Sé que se llama Soledad, que vive en la Avenida 6 de agosto, edificio Patmos, piso 3.

—Eso usted lo vio en la etiqueta de mi bolsón.

—Sé que está casada. Que no tiene hijos y que su esposo es guardia de seguridad en una empresa de movi-
lidades blindadas que prestan servicios a bancos y entidades financieras. Sé que usted proviene de una familia de buenos recursos y que recibió buena educación, pero los vicios de su padre llevaron todo a la ruina.

—¿Cómo sabe usted eso? ¿Acaso me espía? ¿Quién diablos es usted?

—Yo me llamo Aduya y...

—Eso lo sé, me lo ha dicho mil veces.

Soledad se acercó a la puertecilla que da a la cabina del chofer y la golpeó insistentemente. En cuanto el ayudante abrió la puerta, empezó a pedirle desesperadamente al chofer que sacara a la mujer sentada junto a su asiento.

El chofer disminuyó la velocidad y detuvo el bus a un costado de la carretera. Se puso en pie y miró hacia el asiento contiguo al de Soledad, mientras ésta le apuntaba el lugar con el dedo. El chofer la volvió a mirar con una expresión de extrañeza y enojo.

—Pero, ¿qué le pasa, señora? ¿Está usted loca? —aseveró el chofer, mientras le ordenaba enérgicamente que volviera a tomar asiento, en caso contrario la amenazó con dejarla en plena carretera.

Soledad, impotente, regresó a su asiento, viendo la expresión de triunfo de su acompañante, mientras los pasajeros, molestos, la miraban absortos al escucharla levantar la voz.

32

—¡Maldita bruja! Está usted completamente loca.

—Pueda que tenga razón. Pero sin duda alguna, su viaje se tornó más interesante, ¿verdad?

—Se tornó un infierno.

—Pero déjeme continuar —tomó aire y prosiguió— Poco a poco, empecé a sentir unos insoportables remordimientos. Pero por algún extraño motivo no me sentí arrepentida por mi crimen. Creo que sentí placer al ver a mis padres destrozados.

Resultó una especie de venganza por lo mal que me hicieron sentir esos años. Ya no existía la pequeña Gloria, se había ido para no volver más. Volvía a ser yo la única hija, a la única que amarían y cuidarían.

—¿Nunca se dieron cuenta de que fuiste tú la causante de su muerte?

—¡Oh! ¿Ya nos tuteamos? —rió— Jamás y eso tú bien lo sabes. No tienes idea de lo que me costó fingir pena e intentar llorar como lo hacían mis padres y abuelos. Pero en fin, nunca supieron lo que realmente pasó.

—El crimen perfecto.

—No hay crimen perfecto, no. Al ir creciendo empecé a sentir remordimiento. No fue fácil vivir con una madre amargada, que se encerraba en su cuarto a llorar por horas y un padre que empezó a dedicarse al alcohol. Las peleas, los insultos y yo, ahí, al medio de todo ese infierno.

—Infierno que tú misma creaste.

—Puede que sí, o pueda que haya sido mi castigo. En todo caso, mi vida no mejoró con la muerte de la pequeña Gloria.

—¿Y es por eso que ahora te dedicas a abordar a la primera víctima que te encuentras en el camino para darle lata con tu dichoso remordimiento?

—Veo que no me tomas en serio. ¿No me crees, o no te acuerdas?

—Pienso que se te ha aflojado un tornillo, nada más.

—Puede ser.

—Al menos eres consciente de eso.

—¿Nunca has asesinado a nadie?

—Por supuesto que no.

—¿Estás segura de ello?

—Pero, ¿qué pretendes?

—Entonces, ¿qué hace ese cuchillo que llevas en el bolsón?

—¿Qué cuchillo? ¿De qué hablas?

La extraña jaló el bolsón rojo hacia ella y, abriéndola rápidamente, sacó de entre la ropa un enorme cuchillo envuelto en una servilleta.

—¿Y qué es esto? A mí me parece un cuchillo.

La mujer desenvolvió el cuchillo y lo examinó de un lado a otro. Lo acercó a su rostro y con la uña rascó la base de la afilada hoja.

—Pero, ¿Qué es esto? ¿Sangre? —cuestionó al momento de frotar el espeso elemento rojo entre sus dedos.

Soledad tomó rápidamente el cuchillo y lo devolvió dentro de su bolsón.

34

—Todos guardamos secretos, ¿no es así?

—¿Quién diablos eres? ¿Qué quieres de mí?

—Soy Aduya y...

—Ya sé cómo te llamas, lo que quiero saber es quién eres, de dónde saliste, qué buscas, qué quieres de mí.

—Quiero que seamos amigas. Quiero que sepas que estoy aquí para ayudarte; sobre todo, para que recuerdes.

—¿Recuerde qué? ¿A qué te refieres?

—Poco a poco. Ya me entenderás.

Soledad se llevó las manos a los oídos. Sólo oía el ruido amortiguado del motor del bus que se desplazaba raudamente por la carretera. Durante aquel lapso, los labios de la mujer a su lado continuaban moviéndose: «Es una loca de atar —pensó Soledad—. Continúa hablando aun viendo que me tapo los oídos. ¿Por qué me mira así, como si le divirtiera esta situación? ¿Por qué?».

—¿Tienes hambre? —preguntó la extraña, al momento de sacar de su bolsa un pedazo de queque.

—No.

—Veo que no has probado tus empanadas —masculló en cuanto se metió el primer pedazo de queque en la boca.

—No tengo ganas de comer. Tú me has arruinado el viaje. ¿No ves que no te soporto, que no deseo escucharte y que no me interesa saber más de ti?

—Sin embargo no te queda más que soportar mi presencia. Ya te lo he dicho antes, estoy aquí para ayudarte a recordar, para apoyarte, como siempre lo hice aunque no te hayas dado cuenta.

—¿Cómo siempre? ¿Pero qué estupideces dices? Yo no te conozco, nunca te he visto en mi vida.

—¿Estás segura de ello? —Refutó, mientras engullía el último pedazo de queque— ¿Me permites? —inquirió, sacando la botella de refresco de Soledad.

—¿Pero qué desfachatez! Sí que eres una joya.

—Vamos, venimos hablando por horas y te sigues portando grosera conmigo, que solo quiero hacerte bien.

—Eres tú la que viene hablando horas y no me interesan tus intenciones para conmigo, solo deseo que me dejes en paz, ¿entiendes?

Con el fin de descansar un momento, el chofer disminuyó la velocidad del bus y se aparcó a un lado de la carretera frente a un restaurante. Los ojos de Soledad se iluminaron, vio en esta parada una oportunidad de escapar de la extraña mujer. Los pasajeros se pusieron de pie y empezaron a salir y, en cuanto soledad intentó ponerse de pie, fue detenida por la extraña que la sujetó del brazo.

—¡Suéltame! —gritó Soledad, sacudiendo el brazo para liberarse de la mujer.

Los pasajeros se quedaron mirando la escena con una expresión de asombro. No podían creer lo que estaba ocurriendo. Soledad tomó su cartera y salió del bus a empujones por entre la disgustada gente.

Entró en el restaurante, se acercó al joven que atendía detrás del mostrador y le pidió un teléfono. El muchacho le dijo que no tenían línea. Soledad intentó usar su celular y se dio cuenta de que aún no había señal. Preguntó por una posta policial, pero lo único que recibió fue una mirada de consternación. Soledad salió hacia el baño, se quedó ahí dentro por varios minutos en medio de la pestilencia del cuartucho. Cuando, de repente, escuchó el motor del bus y el murmullo de la gente que regresaba a la movilidad.

—¿Qué hago? ¿Y si espero otro bus? —Miró su reloj y vio que era pasada la media noche.

Cuando Soledad salió del baño vio que el bus estaba partiendo, sin embargo estaba esperanzada en encontrar otra movilidad

para continuar con el viaje y se relajó. Miró al cielo encontrándose con las constelaciones, tan numerosas que sus luces y sus vértices se trastocaban, se enmarañaban, confundiendo sus formas en la claridad de un plenilunio, nublado por la fría bruma suspendida en el aire. Pero entonces, miró a la ventanilla que daba a su asiento y reconoció la cara sonriente que la observaba; era la intrusa, que meneaba de un lado a otro algo entre las manos. Soledad aguzó la mirada y se dio cuenta de que la mujer sostenía su bolsón rojo, entonces vio que la intrusa abrió el cierre y de entre la ropa sacó el cuchillo, cuya hoja brillaba contra la ventana. Soledad se quedó petrificada. El bus empezó a acelerar, dirigiéndose hacia la carretera. Entonces, asustada, Soledad corrió detrás, gritando que se detuviera.

El chofer detuvo el bus y, molesto, abrió la puerta.

—Apúrese, señora, que nos está retrasando —farfulló, enojado.

Soledad se dirigió hacia su asiento, escuchando los murmullos de los pasajeros que la miraban inquisitivamente. En cambio, la intrusa, la observaba con una sonrisa de satisfacción y triunfo. Enseguida soltó una carcajada estentórea y se dio unas palmadas burlescas en los muslos, mientras Soledad tomaba asiento y se ponía a llorar.

—Menuda carrera que te echaste —replicó la intrusa.

—¡Cállate, estúpida!

—No seas grosera. Te acabo de hacer un favor. Casi pierdes el bus. Te hubieras quedado varada en la carretera, a estas horas. No, no, no, todo un peligro para una mujer indefensa como tú —rió, burlonamente— Si al menos, hubieses tenido tu cuchillo a mano...

—¡Deja eso! —instó, intentando arrebatarse el cuchillo que la intrusa sostenía al aire.

—Vaya, vaya, vaya, este enorme cuchillo me hace recuerdo a mi segundo crimen—sentenció al instante en el que Soledad se lo arrebató para ocultarlo dentro del bolsón rojo— Yo tenía un cuchillo igual y fue el arma que usé para matar una vez más.

—No me hable, no quiero saber nada de usted, nada, ¿me entiende?

—Pero, ¿qué pasó?, si ya nos tuteábamos, ¿por qué vuelves a ustearme?

—No la conozco, no quiero saber nada de usted. En cuanto lleguemos a La Paz la denunciaré con la policía, ¿me entiende?

—¡Hazlo! Así terminamos con esta farsa de una vez por todas.

—¿Qué farsa? ¿De qué habla?

—Esta farsa de que no sabes quién soy.

—No sé quién es usted, no la conozco. Sólo sé que es una loca desquiciada.

38 —Vamos, no seas ruda. Mira, mejor te cuento sobre mi segundo crimen. Estoy segura de que te será revelador. Te lo prometo.

—¡Me importa un rábano!

—De todas maneras, te lo contaré—tomó aire y prosiguió— Mis padres terminaron por separarse. El alcoholismo de mi padre nos llevó a la ruina. Mi madre tuvo que sacar préstamos del banco hipotecando la casa. ¡Qué ingenua! Siempre se creía las promesas de mi padre, de que iba a cambiar y eso. Pero no fue así, en realidad, empeoró. Finalmente el banco se quedó con

nuestra casa y terminamos viviendo en casa de mis abuelos. Mis padres se separaron. Mi padre desapareció y nunca más supimos de él, hasta el día que un amigo de la familia llamó a mi madre para contarle que habían encontrado el cuerpo de mi padre en un barrio en la zona periférica de la ciudad.

—¡Cállese! ¿No ve que no me interesa escucharla?

—Pues tendrás que aguantarte. Ya te lo advirtió el chofer, un episodio más y te quedas en la carretera, sola.

—¡Maldita, perra!

—Como sea, resulta que pasaron los años y yo entré a la universidad, ahí conocí a Omar, el hombre con el que me casé dos años después. Él estudiaba medicina, pero no pudo concluir la carrera, así que terminó trabajando de enfermero. Todo iba bien hasta que nos enteramos de que yo no podía embarazarme, entonces todo cambió. Él se volvió violento conmigo, empezamos a pelear y las peleas eran cada día peores. Llegó a golpearme y luego se le hizo costumbre hacerlo.

—Imagino porqué la golpeaba. A mí me dan ganas de hacerlo en este mismo instante.

—Tal vez y tengas tu oportunidad. Bueno, resulta que se volvió insoportable vivir con él, las peleas diarias, los golpes, la impotencia, el dolor, el sentirme completamente sola.

—¿Y su madre? ¿Por qué no le pidió ayuda a su madre?

—Las mujeres somos muy crédulas, siempre creemos en las falsas promesas de cambio, de que todo mejorará y así vivimos en un círculo vicioso. A demás mi madre se enfermó y yo trataba de no perturbarla con mis problemas.

—¡Vaya! Entonces si tiene una pizca de consideración.

—No seas irónica. A demás, tú debes saber bien cómo se siente eso de tener un marido abusivo, ¿verdad?

—No sé a lo que se refiere, mi marido no es violento. Nunca me ha levantado un dedo.

—¿Estás segura? Creo que tu ceguera es peor de lo que yo imaginaba.

—¿De qué habla? No sé a lo que se refiere. Usted sí que está loca.

—Te dije que te ayudaría a recordar, ¿te acuerdas?, pero bueno, eso a su tiempo. Resulta que una vez mi marido llegó a eso de las seis de la mañana, con olor a alcohol y a perfume barato de mujer. Llegó y me dijo que me abandonaría. Supe inmediatamente que era por otra. Discutimos y empezó a golpearme. Me tomó de los cabellos, me hizo caer de la cama y me arrastró hacia el pasillo. En medio del ajeteo me propinaba unas patadas en el estómago, quitándome el aire. <<Ya no te quiero. Ahora tengo a una mujer de verdad>> gritaba furibundo. Entonces, en un descuido de él, logré zafarme y corrí hacia la cocina. Ahí empecé a buscar algo con qué defenderme. Vi el cuchillo. Uno igual al que tú guardas en el bolsón —Soledad se dio por aludida y desvió la mirada—. Entonces lo tomé y lo oculté detrás de mi espalda. Estaba temblando, mis piernas estaban débiles, tenía la boca ensangrentada y no paraba de llorar. Él entró y se me acercó levantando el puño para acertarme un golpe, pero yo logré esquivarlo, aprovechando el momento para clavarle el cuchillo en el estómago. Escuché un quejido sordo, pero Omar no se movió, parecía congelado. Le volví a clavar el cuchillo una y otra vez, hasta asegurarme de que caería muerto. Lo apuñalé unas veinte veces, recordando todas las ocasiones en las que él me era infiel y me golpeaba hasta el cansancio. Entonces me

liberé, mejor dicho, te liberé, hice lo que tú no pudiste hacer antes.

—¿¡Qué dice!?! —Soledad empezó a recordar. Vio a su padre borracho, llorando sentado en el piso de la sala, sosteniendo la fotografía de su pequeña hija. Recordó cuando embalaban sus pertenencias para ir a vivir a casa de sus abuelos, porque el banco les había quitado la suya. Recordó a su pequeña hermana, Gloria, muerta electrocutada —No, no, no es posible. Esto es una lo...

—¿Locura? —rió frenéticamente— ¿Ahora entiendes?. Yo soy tú.

Soledad miró a la mujer con profunda angustia.

—Yo soy tú —recalcó la intrusa—. Soy esa parte de ti que no quieres aceptar, pero que está ahí, dentro de ti.

—Necesitas un doctor. No estás bien de la cabeza. Al manicomio, sí, sí..., es ahí donde deberías ir.

—Entonces ambas merecemos ir al manicomio. No, no soy tu enemiga, soy tu amiga, la única, ¿sabes? Siempre he estado en los peores momentos de tu vida. Yo te ayudé a liberarte del estorbo de tu hermana, ¿no es cierto? Pero, de alguna manera, lograste ignorarme.

—Tú no eres yo, tú no eres yo, no, no... Tú te llamas Aduya, la loca intrusa que me tocó de acompañante en este viaje infernal.

—¿Aduya? Aduya es el nombre que tú me pusiste ese mismo día que murió Gloria. ¿Te das cuenta que leyéndolo a la inversa sale la palabra AYUDA? Inconscientemente estabas gritando por ayuda. Sí —ríe—, desde ese día he llevado ese nombre.

—¡Cállate!

—No me voy a callar. Llevo callada mucho tiempo. Este silencio se ha transformado en algo intolerable, hasta que por fin, esta madrugada, una vez más me trajiste para hacer lo que tú no te atrevías a hacer.

—No quiero oírte más.

—¿Acaso no lo ves? Estas impenetrables corazas que has construido en el interior de tu mente han empezado a desmoronarse. Esta mañana, cuando el maldito de tu marido, Omar, te amenazó con abandonarte y empezó a golpearte, me trajiste nuevamente. Me necesitabas, necesitabas que yo haga algo que tú no podías hacer: “Liberarte”, sí, liberarte de un martirio que inconscientemente te condenaste a vivir. El sentimiento de culpa por lo de Gloria, te hizo creer que no merecías ser feliz y te empujó a aferrarte a un mal hombre. Tu cerebro te ha encerrado en la ignorancia de lo que realmente ocurría contigo misma. Los humanos tenemos facultades muy especiales para protegernos de lo que realmente nos daña y en tu caso fue así, aislándote de una horrible realidad. A mí, sin embargo, no puedes negármelo.

—¡Yo no maté a mi marido!

42

—Efectivamente, no fuiste tú, fui yo, pero resulta siendo la misma cosa, ¿no es así? Soy la parte de ti que se siente libre, capaz de hacer lo que tú no puedes por no tener las agallas. Recuerda, Soledad, recuerda que tu esposo odiaba trabajar como enfermero, que odiaba las burlas de sus amigos y familia, que se sentía humillado por no haber podido terminar la carrera de médico, la profesión soñada de su padre. Recuerda que terminó trabajando como guardia de seguridad en una empresa de automóviles blindados.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque yo soy tú, Soledad. Por eso lo sé. Como también sé que el cuchillo que llevas en el bolsón es el mismo que yo usé para matar a tu esposo.

—Estás trastornada. Intentas convencerme de que yo soy tú y de que yo asesiné a mi marido.

—No, Soledad, no fuiste tú, fui yo. Pero lo hice por ti.

—Estás loca.

—No seas malagradecida. Estás olvidando que yo soy tú.

—¿Qué deseas de mí? ¿Dinero? Dime de una vez por todas, ¿qué deseas de mí?

—Que aceptes que yo soy tú.

Soledad empezó a llorar, su cabeza daba vueltas, todo su entorno se convirtió en un remolino de imágenes distorsionadas, lo único que podía percibir con claridad era la cara de la intrusa, que la miraba con irónica sonrisa.

—Te odio, te odio, maldita. Quieres volverme loca, quieres trastornarme con tus locas historias. Eso es lo que has venido haciendo desde que te subiste al bus.

43

—Solo he intentado abrirte los ojos, sacarte la venda que te mantiene ciega.

Soledad se sostuvo la cabeza con ambas manos, todo giraba demencialmente, no podía soportarlo más.

—¡Te mataré maldita. Te mataré!

—No te atreverás. Eres una cobarde. Siempre lo fuiste. Por eso me inventaste, para que yo haga lo que tú no podías.

Soledad sacó del bolsón el cuchillo y gritó.

—¡Muere, maldita, muere!

Los pasajeros se pusieron de pie y empezaron a gritar asustados, mientras se arrinconaban en la parte trasera de la movilidad.

El chofer, al darse cuenta de lo que ocurría, hizo a un lado el bus. La escena era tan violenta que nadie se atrevía a acercarse. Soledad parecía poseída por una fuerza malévola. A cada apuñalada gritaba: “Muere, maldita, muere” y soltaba unas carcajadas diabólicas, mientras la sangre salpicaba por todas partes.

Dos días después de la tragedia, a primera hora de la mañana, un hombre compra el periódico “Crónicas Rojas” de una caseta en la plaza principal de la ciudad de Cochabamba y lee el principal titular del día:

“Mujer se quita la vida a cuchillazos dentro de un bus”.

LAS PINCELADAS de SELENA

Abre los ojos y lo encuentra parado junto a su cama.

—¿Cómo pudiste hacerlo, Selena? —pregunta Marcelo, su esposo.

Selena recuerda que la noche anterior se encontraba frente a la habitación 312. Aún estaba a tiempo para dar media vuelta y salir corriendo. Pero en eso, Carola abrió la puerta. Llevaba solamente una bata de seda, que dejaba entrever sus redondeados pechos y parte de su vientre.

—Pasa, querida. Yo estaba segura de que vendrías.

Ulises estaba recostado en la cama, agarrando una copa de vino. Vestía sólo unos boxers. Seguía teniendo un cuerpo espectacular. Selena entró y dejó su cartera sobre la mesita de noche.

—Sólo miraré, ¿ok? —aclaró Selena, tomando asiento frente a la cama.

—Como tú digas, cariño. Pero no sé si te resistirás a esta diosa —dijo Ulises, poniéndose en pie para abrazar a Carola, subirle la bata a la altura de la cadera y descubrir sus nalgas, enormes y firmes.

Habían pasado tres años desde la última vez que Selena y Ulises se habían visto. Ella aún sentía esos inquietos espasmos en el estómago cuando pensaba en él. Pero el destino no había querido que terminasen juntos. Ambos se dedicaban al arte; Ulises era un famoso escultor y Selena una reconocida pintora. Se habían conocido en una fiesta de cumpleaños de un amigo en común. A partir de entonces, Ulises siempre se las ingeniaba para llegar a la ciudad donde ella vivía y pasar uno o dos días juntos antes

de regresar al aturdido mundo al que él pertenecía. A Selena le iba muy bien pintando lienzos al óleo, los cuales casi siempre eran encargos que le hacían extranjeros por Internet. Esa época vivía y trabajaba en casa de su madre, quien, a causa de una terrible enfermedad, había quedado postrada en una silla de ruedas. Selena fue la única hija de los tres hermanos que había asumido la responsabilidad de cuidarla a tiempo completo.

Al ver la escena que se suscitaba entre Ulises y Carola, Selena sintió que le faltaba el aire, pero se controló y se irguió en la silla para mostrar seguridad.

—¿Recuerdas cuando me decías que querías que nos acostemos con una mujer, que te humedecías de tan solo imaginarlo? Ahora es tu oportunidad, Selena —incitó Víctor, mientras besaba y lamía el cuello de Carola.

—Ven querida. Acompáñanos —pidió Carola, acariciándose la entrepierna. Era innegable la feminidad que desprendía en cada uno de sus movimientos y gestos al hablar.

—Sólo miraré— insistió Selena, pero su corazón bombeaba a mil por hora.

46 De no haber contestado el celular aquel día, no estaría envuelta en esa situación. Pero el nombre que Selena había leído en la pantalla había desatado una cadena de recuerdos que la dejaron sin aliento.

—¿Selena? ¿Cómo estás, cariño? ¿Todo bien?

—¡Víctor...! ¡Qué sorpresa!

—Mañana estaré en la ciudad. Una amiga presentará un libro en el salón de la Sociedad Italiana. Me gustaría que vayas. Hace tanto que no te veo.

Selena se quedó pensativa por unos instantes. El tiempo que habían enamorado se proyectaba en su mente a una velocidad vertiginosa, reviviendo todo aquello que habían pasado juntos y la dura etapa que vino después de separarse. La madre de Selena había fallecido un año después de la ruptura y luego vino ese horrible episodio de depresión que la aquejó durante meses. Apareció Marcelo, quien la había ayudado a superar la depresión. Ahora era su marido. Tenía un matrimonio sólido y estable. Marcelo se había constituido en su cable a tierra. Era el timón de su galera, a excepción de aquellas raras veces en las que, llevado por unas copas demás, actuaba como un adolescente irresponsable.

—Claro que sí, Víctor. Me encantará verte.

—Perfecto. Entonces, ¿qué te parece si nos vemos en el salón de la Sociedad Italiana, a las siete en punto?

Selena, al cortar, se quedó rememorando los intensos momentos que había vivido junto a Víctor. Recordaba sus labios dedicándole aquella sugestiva sonrisa cuando se cruzaban sus miradas, los enormes y brillantes ojos cuando ella por fin le confesó estar preparada para recibirlo dentro; el sentimiento de placer y locura cuando él besaba la cálida curvatura de su cuello, o cuando acunaba su pezón erecto en la punta de la lengua; cuando enloquecía al sentir en la boca el dulce sabor de su néctar, y los gemidos entrecortados al llegar al orgasmo.

Esa tarde, se acercó al lavabo y frotó con la mano el espejo para quitarle de la superficie la capa de vapor adherida. Se vio el rostro y se quedó pensativa hasta que su imagen volvió a perderse detrás del vapor. Se quitó la toalla de la cabeza y su larga cabellera cayó como una cascada negra sobre sus hombros. Tomó un peine y desenredó su cabello. Entró en su habitación

y, abriendo la puerta de su armario, escogió un vestido rojo. Selena no era una mujer que podría catalogarse dentro del estereotipo convencional, era alta, voluptuosa, imponente y, aunque no tenía un rostro hermoso, poseía un excepcional carisma.

Terminando de cepillar su cabello, pasó a maquillarse y, una vez que hubo terminado, se colocó unos tacones de charol negro y un abrigo de paño liviano. Llamó un taxi y esperó.

Cuando llegó al salón del Club Italiano vio que el acto ya había comenzado. Todos los asientos estaban ocupados; pero, en cuanto Víctor la ubicó entre los presentes, le hizo una seña para que tomase asiento en una butaca libre en primera fila. Selena tomó asiento y con esfuerzo levantó la mirada hacia el escenario. Creyó haber estado preparada para ese momento, para un reencuentro cara a cara con él; pero a la hora de la verdad se dio cuenta de que no, de que por mucho que se hubiera mentalizado esos años, el sentimiento de seguridad se le escurrió como agua por entre los dedos.

—¿Qué demonios estoy haciendo aquí? —pensó, aturdida.

Mientras el acto se llevaba a cabo, Selena notó que una mirada procedente de la testera la agujoneaba, pero no era Víctor, sino la mujer que presentaba el libro, Carola Possi. Selena reparó en lo hermosa que era. Era el tipo de mujer que Selena hubiera escogido para llevar a cabo un trío. Su cabello rubio estaba recogido en un largo y exquisito trenzado, dejando al descubierto el esbelto cuello. Llevaba maquillaje, sus pestañas eran largas y frondosas y sus ojos tenían un tono color miel. Sus pómulos, altos y separados, eran de un suave color crema, y sus labios estaban pintados de un intenso color carmesí. Llevaba una estrecha falda blanca a la altura de las rodillas, el primer

botón de la chaqueta del mismo color estaba correctamente abrochado y un collar dorado colgaba hasta converger hacia el sinuoso escote de su blusa azul. A pesar de que el entalle de la blusa era absolutamente recatado, insinuaba el nacimiento de sus blancos y prominentes senos; los imaginó turgentes y cálidos al tacto. Selena, ruborizada, sacudió la cabeza intentando disipar la intrusa imagen. Ahí estaba ella, Carola, sentada en la testera, mirándola de tanto en tanto, despertando una sucesión de emociones que Selena no podía interpretar ¿Acaso Carola sabía algo de su relación con Víctor?

Cuando el acto terminó empezó la sesión de fotografías. Víctor se acercó a Selena y la abrazó tiernamente.

—Ven, quiero que conozcas a Carola. Te caerá muy bien.

La jaló de la mano y se acercaron al tumulto de fotógrafos que disparaban sus flashes como enajenados. Al cabo de una media hora, las fotografías y entrevistas cesaron, entonces Carola se acercó directamente a Selena y cariñosamente le dio un beso en la mejilla.

—Qué alegría que hayas venido. Víctor me habló mucho de ti —dijo, mirando de reojo al aludido.

—¿Sí...? Espero que bien —contestó, sonriendo tímidamente.

—Muy bien. Te lo aseguro —dijo, guiñándole un ojo.

¿Qué le habría querido insinuar? La mirada de Carola era atrevida y sugerente. Selena empezaba a sentirse incomoda.

Un mozo se acercó sosteniendo una bandeja con copas de vino tinto. Selena negó con un movimiento de cabeza, mientras que Carola, tomó una y se la llevó a los labios para vaciarla de un solo sorbo.

—¡Vamos!, bebe querida. Es un vino especial, italiano. Muy costoso. Yo estuve festejando desde anoche, ¿se nota? —dijo, soltando una risita traviesa y clavando los ojos en Víctor— Y... hablando de festejar, ¿por qué no vamos a celebrar el nacimiento de mi bebé?

—Yo no puedo, Carola, lo siento. Ya tengo que irme. Mi marido está de viaje y no hay nadie en mi casa.

—¡Vamos! No seas aburrida. La pasaremos muy bien. Incluso, podríamos jugar un poco... ¿Qué dices? —añadió, lanzándole una mirada sugestiva.

—No puedo, de veras. En otra oportunidad, será.

—No habrá otra oportunidad. Anda, ánimo —insistió, sosteniéndose del brazo de Víctor, mientras se lanzaban una mirada de complicidad.

—Felicidades por tu libro, Carola. Te deseo el mayor de los éxitos —soltó Selena, cortando abruptamente la conversación.

—Yo te acompaño a la puerta —procuró, Víctor, saliendo detrás de Selena.

50 Cuando salieron a la calle a esperar un taxi, Selena empezó a reclamarle.

—¿Qué le has contado? ¿Por qué me habla de esa manera? ¿Qué insinúa?

—Calma, Selena. No pasa nada —le dijo, sosteniéndola de los brazos—. Pensé que te gustaría ¿No te parece hermosa?

—¿Qué tiene que ver eso, Víctor?

—Nada, pero como siempre deseaste un trío y, desafortunadamente, nunca se pudo...

—Eso fue hace tres años. Tres años, Víctor. Ahora las cosas han cambiado.

—¿Cómo que cambiado? ¿Ya no tienes la fantasía del trío?

—No es eso..., tú sabes. Ahora estoy casada.

—¿Y...? ¿Acaso una persona casada ya no puede tener fantasías?

—Estoy casada. Felizmente casada. No voy a poner en riesgo mi matrimonio sólo por una fantasía.

—Carola piensa que eres muy hermosa y está dispuesta a experimentar ¡Vamos! ¿Dónde está la Selena que conocía?

—Esa Selena ya no existe, Víctor. Ahora mi vida ha cambiado, ¿sabes?

—Está bien, cariño. Pero si te animas, estamos en el hotel Maracaibo. Tienes mi número.

Camino a casa, Selena pensaba en la propuesta de Víctor. Se le revolvió el estómago. Hace tres años no la hubiera pensado dos veces. Pero las cosas eran diferentes ahora. Ella ya no era la misma. Tomó su celular y marcó el número de su esposo. No hubo contestación. Extrañada, volvió a marcar, pero ingresó a casilla de voz. El celular estaba apagado.

Cuando Selena llegó a su casa, se quitó el abrigo de paño y lo dejó sobre el sillón, entró en su habitación y se quitó, primero los tacones, que le hacían doler los pies, luego el vestido; se colocó un camisón y, sentándose sobre la cama, intentó nuevamente comunicarse con Marcelo. No tuvo suerte. El celular continuaba apagado. Selena se sintió impaciente, nerviosa, angustiada.

Marcelo jamás había apagado el celular, menos estando de viaje. Los pensamientos empezaron a bombardearle, eran como fríos cuchillos que se enterraban en su cabeza. ¿Estará con alguien? ¿Me estará engañando? ¿Por qué apagó el celular? Se le revolvió el estómago, sentía que iba a vomitar. Recordó las veces que Marcelo, pasado en copas, se ponía pesado y empezaba a coquetear con otras mujeres. Recordó que una vez lo hizo con la esposa de un primo suyo, en una fiesta de cumpleaños y, en otra ocasión, estando ya borracho, empezó a coquetear con la esposa de un amigo. Recordó cómo se sintió ella, humillada, empedregada, desvalorada. Sintió un odio que recorrió su cuerpo en dolorosas oleadas. Tomó el celular y volvió a marcar el número. Nada, el celular permanecía apagado. Tiró el artefacto, se puso de pie, se colocó nuevamente el vestido rojo y, acomodándose el cabello sobre los hombros, tomó su cartera y salió hacia la calle.

52 Cuando salía, titubeó. <<No, no estaba bien. Tal vez algo ha pasado con su celular. Tiene que haber una explicación coherente. Pero, ¿por qué no me ha llamado desde otro teléfono? Si quisiera ponerse en contacto conmigo, buscaría la manera de hacerlo. No, algo anda mal. Seguramente luego de la reunión, los ejecutivos de la empresa lo han invitado a cenar y durante la cena, se le pasaron las copas y... y..., estará coqueteando con alguien o peor aún, estará siéndome infiel>>.

—¿Cómo lo hiciste? No lo puedo creer —insiste Marcelo.

Selena, sin saber qué contestar, se queda mirándolo atónita, mientras él la sacude para que termine de salir de su aletargamiento.

Selena no contesta y dándole la espalda, visualiza a Víctor cuando había dejado caer al suelo la bata de Carola dejando

al descubierto su hermoso cuerpo. Se estremece al recordar cuando Víctor derramó un chorro de vino por entre los pechos de la mujer, y lamió la estela brillante que bajaba hacia su entrepierna.

Selena, aferrándose a la almohada, rememora cómo, esa noche, en la penumbra de la habitación del hotel, había empezado a temblar sin poder disimular su nerviosismo. Cada palpitar de su corazón era un martillazo en sus sienes. El aire a su alrededor era cálido y etéreo, la invitaba a la devoción, a la redención absoluta, la invitaba a acoplarse al escenario para dejarse desnudar, fundirse con los otros dos cuerpos que tenía al frente y borrar la sombra de aflicción que inundaba su mirada. Selena se mordía el labio inferior, viendo cómo Víctor introducía la lengua en aquella boca y frotaba al mismo tiempo la sedosa humedad de entre sus piernas. Carola, jadeante, la miraba con sus ojos de caramelo. Selena sintió que el deseo la atravesaba, provocándole un estremecimiento. Enterrando la cara en la almohada, evocó la profundidad de los ojos de Víctor cuando enamoraban; la suavidad con la que le separaba los muslos, la dulzura con la que le susurraba que la deseaba, los gestos de placer que se dibujaban en su rostro cuando él se introducía en su cuerpo, la calidez que emanaba de ella a medida que él se iba metiendo dentro.

53

—¿Selena...? ¿Qué tienes? ¿Por qué no me contestas? —reclama Marcelo.

Selena empieza a sentirse invadida por el remordimiento, mientras las imágenes de la noche anterior continúan agolpándose en su mente.

—Mírala, Selena, mírala ¿No te apetece tocarla? —invitó Víctor.

Selena titubeo. El cuadro que tenía en frente la hizo arder de deseo: Carola completamente desnuda, recostada sobre las sábanas blancas de satín; las piernas abiertas, descubriendo una diminuta y apretada ranura brillante. Selena estaba a punto de soltar un gemido, pero lo reprimió. Se removía sobre el sillón cada vez más nerviosa. Necesitaba calmarse, necesitaba recuperar el control y la compostura, pero su corazón la traicionaba, corría a mil.

—Ven, Selena. Acércate. Quiero que me toques —añadió Carola, extendiéndole la mano.

Selena por fin cedió, se puso de pie y caminó lentamente hacia la cama. Carola la miraba suplicante, mientras Víctor continuaba acariciando la humedad de su entrepierna. Selena, de pie a un extremo de la cama, deseaba tocarla, tumbarse sobre ella y recorrer todo su cuerpo con los labios, escuchando sus gemidos, sus lamentos, su goce.

—Desnúdate, Selena. Deseo ver tu cuerpo —pidió Carola, haciendo a un lado a Víctor para ponerse de pie y ayudarla a quitarse la ropa.

54 Víctor se sentó al borde de la cama y, tomando su copa de vino, la llenó. Luego se dirigió al sillón donde Selena había estado sentada para admirar la escena que se llevaba a cabo al pie de la cama.

Carola abrió el cierre del vestido rojo y lo dejó caer al suelo, luego desabrochó el corpiño negro liberando los senos de Selena, ubérrimos de voluptuosidad. Los agarró llenando sus manos y los estrujó viendo como sus pezones empezaban a endurecerse. Selena recorría sus manos por las más dulces colinas sintiendo cómo poco a poco Carola le entregaba su gloriosa geografía. Al momento de recostarse, Selena emitió un profundo suspiro

cuando los dedos de Carola descendieron traviosos hacia su entrepierna y, en un gesto inadvertido, llegaron a su objetivo como un azote de sensaciones ardientes para encabritar su cuerpo en una sucesión de violentos espasmos.

—Selena... ¿estás bien? —pregunta Marcelo, empezando a ponerse inquieto.

Tampoco hay respuesta. Selena no podía creer que había accedido a la propuesta que Víctor le había hecho, aunque era algo que ambos habían deseado mientras estaban enamorando. El amor nunca había sido la base fundamental de su relación, sino la pasión desenfadada, la cual les había permitido descubrir los rostros ocultos de los placeres de la carne. Habían experimentado muchas emociones fuertes que desataban una carga poderosa y adictiva de adrenalina, como tener sexo en un elevador, o en el baño de un restaurante, o dentro del auto en plena calle. Sin embargo, hubo una fantasía que jamás habían podido concretar: El invitar a su lecho a una tercera persona.

Habían pasado tres años desde que terminó su relación con Víctor. Ahora Selena estaba felizmente casada; pero, desde la muerte de su madre, se sentía incapaz de volver a agarrar un pincel. Había intentado pintar, mas su mente se bloqueaba y terminaba por dejar caer el pincel para echarse a llorar. Luego dejó de insistir. Creyó que su carrera como pintora había terminado.

55

—¿Por qué no me contestas, Selena? ¿Qué está pasando? —indaga Marcelo, preocupado.

El remordimiento empieza a carcomerla de nuevo. La imagen de Carola invade sus pensamientos.

—Ven Selena. He deseado este momento todo el día —alegó Carola, cuando le quitaba las bragas—. Me encantas —agregó, mientras empezaba a besarla.

Selena soltó un quejido mientras una corriente invadía cada una de sus células haciéndolas vibrar en sintonía con el universo. ¡Oh! Aquella imagen simplemente era un homenaje al placer.

Víctor, ardiendo de excitación, se puso en pie con la intención de acoplarse al dúo. Selena lo vio acercarse y en el ínterin fue testigo de la resurrección de la carne, una carne ansiosa de exorcizar al demonio de la lujuria que la poseía. El poderoso prodigio de virilidad entre sus piernas, esa fuerza altiva y orgullosa que fue diseñada para dar placer, palpitaba henchido, al momento de introducirse en Carola por detrás, mientras ella continuaba afanosa con el húmedo paraíso de Selena. Y ella, desde la posición en la que se encontraba, podía ver cómo los ojos de Víctor la acechaban como dos lobos anhelantes cuando, abruptamente, la imagen de Marcelo irrumpió sus pensamientos. Marcelo, su cable a tierra, el timón de su galera, su esposo con el que compartían un matrimonio feliz y estable ¡Oh, Dios!, ¿qué estoy haciendo?, se recriminó. Entonces se apartó, precipitadamente.

56

—Lo siento. No puedo seguir con esto —objetó, vistiéndose a la rápida.

—Pero, ¿qué pasó? ¿Hice algo malo? —preguntó Carola, sentándose sobre la cama.

—No. No has hecho nada malo, sólo que no puedo seguir con esto. Lo lamento. Fue un error.

Víctor no dijo nada. Conocía muy bien esa mirada. Sabía que no serviría de nada insistir.

Cuando Selena llegó a su casa, se sentía avergonzada y confundida. Corrió hacia el bar, sacó una botella de whisky y se encerró en su taller. Tomó un lienzo en blanco, los tubos de pintura, y los pinceles.

—Te estoy preguntando ¿Por qué no me contestas? —inquire Marcelo, al borde de la desesperación.

Selena se da la vuelta, tiene los ojos enrojecidos. Apenas sí puede distinguir la imagen de su marido a contra luz.

—¿Qué dices? ¿Que qué fue lo que hice?

Marcelo la toma de la mano y la conduce hacia el taller. En cuanto la puerta se abre, colores, voluptuosidades, insinuantes líneas y sugerentes formas parecieron cobrar vida sobre el lienzo. Todas estas imágenes se encontraban delicada e ingeniosamente superpuestas sobre un nido de blanco satín.

—Este cuadro es maravilloso. Tu obra maestra —aseveró Marcelo, mientras Selena lo miraba estupefacta— No te dejaré venderlo. Lo llevaremos al dormitorio para que sea lo primero que veamos al despertar.

EN LA TRINCHERA

Ahí está mi madre, frente a mí, extendiéndome una tutuma rebosante de leche de cabra recién ordeñada. Veo el fresco y espumoso elixir como una inmaculada invitación. El contorno de mi madre contra los rayos del sol le da un aire angelical al perfil recortado de su sombra. Así, inundada de luz, parece una criatura seráfica. ¡Qué hermosa que es, con sus cabellos negros como el ébano y su rostro de alabastro...!

Extiendo mis brazos en busca de la tutuma; intento agarrarla, pero rápidamente se desvanece frente a mis ojos. ¡Mi madre y la tutuma desaparecen en el aire, absorbidos por una extraña luz que reemplaza todo por el ruido de descargas de fusiles, gritos, estertores y llanto!

¡He despertado en el infierno!

58 Dos aviones atraviesan el campo, casi lamiéndolo. El primero es un avión «Potez» con la bandera paraguaya pintada en la cola, y el segundo, casi alcanzando en velocidad al primero, es un «Vickers Vespa» con el escudo boliviano en su flanco; su fin es derribar al enemigo con sus ráfagas de metralla. El cielo se llena de estrías de un oscuro humo, y éstas se confunden con las nubes hechas jirones.

Siento náuseas. Arcadas. No he comido en varios días, y hace más de doce horas que no bebo agua. Tengo la boca seca y siento que mi lengua es un retazo de cuero seco... ¡Maldita guerra! Veo, sobre el suelo, amontonados los cuerpos sin vida de mis camaradas, envueltos en una pegajosa niebla, como la perfecta e infernal representación de la muerte hecha carne.

Estoy recostado dentro de una trinchera, que en realidad es una zanja que acabamos de abrir. A mi lado se encuentra

José Trujillo, un cochabambino que se reclutó, contradiciendo la voluntad de su padre, un rico farmacéutico de la ciudad. «Quiero morir siendo un héroe», me dice; pero la verdad es que cuando uno ve a la muerte de cerca, siente que se le suben las bolas a la garganta y no piensa en nada más que en volver al nido, a la seguridad familiar. José parece no temer a la muerte; él lo tiene todo, nunca le faltó nada, motivo por el cual parece encontrar en la guerra la complacencia que la incertidumbre concede...

Pero yo... ¡Yo no deseo estar aquí, sólo tengo diecinueve años y ansío vivir!

Acurrucado, miro al otro lado y veo a Juan encender un cigarrillo. Me mira y me ofrece uno. Yo lo rechazo. «Te hará olvidar de la sed», me dice, y se lleva el cigarrillo a la boca; entonces regresa a mi cabeza la imagen de mi madre, que me alcanzaba una tutuma de leche, espumosa y tibia.

Los recuerdos me llevan nuevamente al hogar, y veo a mi madre y a mis hermanas de pie, en el zaguán. Mi madre llora. Me implora que no me reclute para la guerra. «Perdí a mi padre en la guerra del Pacífico y luego a mi esposo, tu padre, en la del Acre. Por favor, no quiero perder a mi único hijo varón en el Chaco». Lloro, suplicando que no me vaya. «Las guerras sólo dejan muertos, dolor, lágrimas y mucho sufrimiento» me dice, mientras se limpia las lágrimas que brotan de sus dulces ojos. «Es mi deber con la Patria, madre», contesto con determinación, y beso su frente.

Veo a mis hermanas, tan frágiles e indefensas. Ellas me abrazan, sienten que será la última vez que lo hacen, y es muy probable que tengan razón. Las miro, al momento de acomodar mi alforja en hombros y salir hacia la estación del tren, rumbo a Tarija.

Y todo se nubla súbitamente: Remolinos de cenicienta bruma giran en espirales que lo cubren todo; siento mareos y náuseas, pero no tengo nada en el estómago para expulsar. Los ataques en oleadas sobre el fortín agotan la defensa. Hace días que no llegan víveres y el único pozo de agua está infestado de cadáveres de compatriotas bolivianos que encontraron la muerte ante la desesperación de la sed. Escucho sobrevolar un avión y una vez más la esperanza aletea en mi pecho; sin embargo no pueden acercarse lo suficiente frente a los disparos de los enemigos. La carga de municiones y alimentos que lanza la aviación cae fuera de la trinchera. La esperanza vuelve a perecer dentro de mi pecho, dejando sólo la sensación de náuseas y vértigo.

60 «Me acaban de informar que están ingresando por el bosque y están haciendo un anillo en medio de los bejucales para cercarnos», me dice Juan, alterado por una momentánea emoción. Yo, no obstante, parezco hipnotizado. Ni siquiera atino a mirarlo a los ojos. «Vamos, Carlitos, no te me desmayes. No falta mucho. ¡Los *pilas* nos están cercando, debemos cerrar nuestra defensa en círculo! El Comandante Mayor Arauz quiere que vayamos a patrullar el ala y la retaguardia derecha, ¡vamos, Carlitos, vamos!», me pide, sacudiéndome los hombros. «Vayan ustedes», le digo y apoyo la cabeza en el muro de tierra. Cierro los ojos y me dejo llevar por los recuerdos que llegan en dulces oleadas, alejándome del infierno que me tiene atrapado entre sus garras.

Estoy sentado a la mesa junto a familiares y amigos. El pavo está en el centro, adornado con ciruelas y papas horneadas. Puedo sentir el delicioso aroma en el aire. Frente a mí está, bella como siempre, Carmen, la dulce Carmen, hija de la prima de mi madre, la tía Lucia. La miro de reojo y descubro que ella también me está mirando. La amo, y ella me ama también. Lo

supe una tarde de verano, cuando nos dimos el primer beso bajo la sombra del molle gigante, en la propiedad de los abuelos.

Recuerdo la suavidad de sus labios, tan turgentes como fruta madura.

«¡Nos han emboscado estos *pilas* de mierda!», me grita Juan, alterado y con el rostro empapado en sangre. «Estigarribia nos sorprendió con decenas de soldados bien armados. ¡Nos han acribillado, carajo; nos han acribillado! ¡El Capitán Ustariz está muerto, todos lo están», me dice, limpiándose la sangre del rostro con la manga de su camisa.

Escucho los gritos de Juan; pero no distingo sus palabras.

Puedo ver cómo sus dientes castañetean y le es imposible dominar el temblor de sus piernas. Se echa a mi lado y se lleva las manos a las sienes, mientras meneaba la cabeza de un lado a otro, abandonándose a la desesperación. ¿Dónde se fue su inquebrantable coraje? Yo hago a un lado mi fusil y busco mi caramañola, sé que está completamente vacía, pero de todas formas intento sacarle una gota, una sola gota que pudiera caer sobre mis agrietados labios. No tengo suerte. No cae nada. Mi estómago ronronea, ¿hace cuánto que no pruebo bocado?

Abro los ojos y... el tío Fernando corta el pavo. Extiendo mi plato, lo llena con un pedazo suave de pechuga y lo cubre con el humeante jugo de grosellas. ¡Ah, ese aroma inunda mis sentidos! ¡Me siento flotar!, pero de pronto escucho...

«¡Carajo! ¿No escuchaste al comandante?, hay que salir de aquí, ¡se viene un escuadrón a aniquilarnos!», me grita Juan, sacudiéndome frenéticamente. Yo no siento las piernas, están entumecidas y tengo los brazos tan pesados que no puedo sostener mi fusil, así que agarro una copa de vino y la vacío de

un trago. ¡Oh, qué sensación gloriosa!, sentir cómo ese líquido invade mi garganta y se precipita en mi interior, despertando así mis sentidos.

Un estallido me alerta, giro la cabeza y me encuentro con el cuerpo sin vida de Juan. Está a mi lado, sus ojos han perdido el brillo, miran a la nada, y en medio de su frente hay un hoyo del cual brota un cauce carmesí que se precipita hacia su nariz, mentón, cuello y ropa.

Mi corazón hace un esfuerzo por bombear sangre. Siento una ráfaga de adrenalina invadir mis arterias. Quiero ponerme en pie y salir corriendo. No puedo, estoy demasiado débil, demasiado cansado para moverme.

Cierro los ojos, el ruido pierde potencia y termina siendo un eco distante dentro de mi cabeza. Abro los ojos nuevamente, y la veo a ella, Carmen: Ambos estamos parados bajo el molle, la sostengo de la mano y acerco mis labios a los suyos, pero algo sucede...

«¡Levántate, muchacho, debemos salir de aquí!», me grita el comandante Marzana, al momento de salir de la trinchera, resbalando entre los cuerpos de mis camaradas muertos.

62

Los estampidos resuenan, violentos, entre gritos y clamores desesperados. Los pocos soldados que quedamos dentro de la trinchera parecemos espectros, pero no nos rendimos. A pesar de que no hay fuerzas para nada, ni para morir. Me arrastro sobre los cuerpos hacia uno de los extremos de la zanja, me topo con el cadáver de José, o lo que queda de él.

Quiero salir de aquí, pero siento que no puedo moverme. Las detonaciones me provocan un zumbido incesante en los oídos. Creo que me han disparado en una de mis piernas; no lo sé,

estoy exhausto y el dolor de ambas me invade y se expande por todo el cuerpo. Giro sobre el suelo y veo a mi madre, que me llama a su lado. Lloro, grito, jadeo. ¿Me levanto?, al parecer, sí. Intento acercarme para que me abrace y me saque de ese infierno atroz que me está despedazando pero, de repente, unas manos me hacen girar bruscamente. Veo unos ojos verdes penetrar, intrusos, en los míos. Me arroja con fuerza sobre el suelo y se sienta sobre mi pecho mientras me estrangula. Quiero apartarlo, le meto los dedos a los ojos y logro zafarme por un momento, hasta que nuevamente logra sostenerme pero ahora de las piernas Hay lucha y tironeo. Sus manos vuelven a aferrarse a mi cuello, y me grita: «¡Muérete ya!».

Siento que mis ojos quieren salirse de las cuencas, que la vista se me nubla y que los oídos se me tapan completamente, y queda sólo un molesto zumbido en mi cabeza. De repente, siento fuerzas para hacerlo a un lado. Me pongo en pie y giro rápidamente para atacar a mi contrincante; pero él está de cuclillas, y no se percata de que estoy detrás de él. Forcejea, sacudiendo algo bajo su cuerpo.

Y cuando por fin se deja caer a un lado, descubro lo que estaba haciendo. Mi madre siempre tuvo la razón: Las guerras sólo dejan muertos, dolor, lágrimas y mucho sufrimiento. Ya no puedo dar marcha atrás, éste es el final de la historia, de mi historia.

La muerte mengua para regresar con más mordacidad. Es una epidemia que se propaga. La guerra se llevó a mi abuelo, a mi padre, y hoy, me lleva a mí. El hombre que está tendido en el suelo, con la mirada atrapada en el más allá, al lado de mi jadeante rival, soy yo.

UN NUEVO DIOS

64

Cierto día, con un estruendoso estallido, una intensa luminosidad se abrió paso en las alturas. Era una nave espacial suspendida en la brumosa atmósfera. La luz proveniente de la base del metálico artefacto escaneaba la superficie de la tierra. La pantalla de control de la cabina de mando indicó la inexistencia de peligro inminente. El cielo, de un color cenizo oscuro, mostraba unas esporádicas luces resplandecientes de un tono platinado. Una ligera lluvia ácida caía sobre la superficie de la tierra formando verdosos charcos con un picante olor a azufre. La nave aterrizó y no hubo actividad durante varias horas. Por la noche, la puerta de la nave se abrió como un diafragma óptico dejando escapar una resplandeciente luz, la cual se extendió en la oscuridad. Una figura se perfiló en la puerta, su oscura silueta emergía del centro de la luminosidad agrandándose a medida que salía de la nave: era un hombre corpulento de piel color canela, ojos expresivos color marrón y pómulos sobresalientes, de nariz caucasiana, labios delgados y barbilla fuerte. Poseía una placa metálica que cubría gran parte de su cráneo carente de cabello. Un cierto encorvamiento de hombros, las cejas fruncidas y una cierta tensión de labios lo delataban como un soldado fuerte y tenaz. Bajó de la plataforma a paso brioso, como si siempre hubiese pertenecido a aquella atmósfera donde la gravedad le resultaba familiar. El sujeto era comandante de la Unidad 23x3000 de soldados de segunda generación. Se llamaba Ulises Leroux.

Doscientos treinta años atrás, poco antes de cumplir su ciclo normal de vida, Ulises Leroux había tomado la decisión de prolongarla, tal como estaba establecido, sometiéndose a un reciclaje celular, el cual constaba de una reconstrucción a partir de sus propias cadenas polinucleótidas, decodificando

sus proteínas y re edificándolas a partir de ese patrón. Reemplazaron sus órganos vitales por unos artificiales que le permitían mantener indefinidamente el funcionamiento cíclico de sus células. Su sangre había sido substituida por una solución de neón la cual era bombeada por un corazón electrónico. Su cerebro estaba intacto, pero le habían introducido un chip de información que le proporcionaba un torrente infinito de conocimiento.

A pesar de que el ochenta por ciento de su cuerpo era robótico, su alma seguía conectada a su ser; en el fondo continuaba siendo el apasionado y febril hombre de siempre.

Leroux era intrépido, un experto en logística y en el manejo de armamento molecular; era intuitivo y muy inteligente, aunque su curiosidad era capaz de llevarlo a situaciones riesgosas. Su memoria aún conservaba el recuerdo de cuando era humano, cuando en los momentos de fatiga o nerviosismo sentía la presencia de su cuerpo como una prisión para su alma. Cada sugerencia de mortalidad como la ligera presión en la vejiga, la aridez en la garganta y el doloroso burbujeo en la rodilla resonaban en él como una vieja y oxidada campana. Con los años, la mente sin límites se remontaba hasta las más lejanas galaxias, pero el cuerpo físico se pudría estando aún en uso por su propietario. A menudo Leroux pensaba que el cuerpo era un mecanismo absurdo, un simple contenedor de huesos, de una red de filamentos sometidos al paso inexorable del tiempo.

Su primer viaje al planeta Tierra fue hace doscientos años, treinta años después de haber sido asignado a la unidad 23x 3000 de soldados de segunda generación pero, debido a condiciones radioactivas de alto alcance, la nave no pudo aterrizar, por lo que tuvo que enviarse a tierra un dispositivo XG23 para la

extracción de muestras. Los resultados indicaban que el planeta Tierra era inhabitable.

Ulises Leroux se reclutó en la unidad con la finalidad de explorar el espacio y de encontrar planetas propicios para su colonización. Sin éxito hasta esa fecha. Pasó más de un milenio desde que los escogidos abandonaron la tierra, escapando de la guerra nuclear desatada el año 3110 que exterminó toda forma de vida en el planeta. Antes de la tercera guerra mundial, un equipo especializado escogió a expertos científicos y cerca de mil setecientas personas pudientes, que habían aportado millones para la construcción de una estación espacial, entre la Tierra y Marte, denominada “Terranova”, la cual había demorado cerca de cien años en ser construida. Unos meses previos al nefasto día, varios transbordadores fueron utilizados para transportar a los nuevos habitantes a dicha estación. Para la preservación de la especie y con la esperanza de regresar algún día a su planeta nativo, para empezar nuevamente de cero, se creó un almacén de muestras de ADN con los prototipos de una gran cantidad de especímenes que había en la Tierra.

66 A la mañana siguiente, entrada ya la tarde, después de haber realizado estudios en la atmósfera durante horas, Ulises bajó de la nave encontrándose con un panorama devastador. Toda la superficie del planeta se encontraba cubierta por una coraza negra y brillante. Un tiempo atrás, el calor había sido infernal tanto que la piel del mundo se había convertido en oscuro vidrio; era un recubrimiento opaco y frío de forma irregular que se extendía por toda la superficie. Ulises pensó que no había vestigios de vida. Sin embargo, a pesar de que el agua se había secado, aún quedaban algunos charcos hediondos donde curiosos seres se refugiaban del viento frío; el fondo era de lógamo y pegajoso, de alguna extraña manera, templado.

Él había nacido, vivido, muerto y sido reciclado dentro de una estación espacial. Nunca había visitado la Tierra y, a pesar de su entusiasmo, ese lugar le resultó terriblemente perturbador; un lugar en cuyo seno sólo quedaban las evidencias de algo que él jamás había visto. Era un territorio ocupado por altos edificios milenarios en ruinas, montículos de chatarra y restos de pavimento. Todo esto a Leroux le provocó una sensación de escalofrío. Fragmentos de ácido mineral, sarrosa roca, despojos arrojados por épocas pasadas yacían desperdigados en esa parte del mundo. Trozos de autopistas, ciudades en ruinas, viejos satélites espaciales y pedazos de luna; todo ello entrañablemente arrojado hasta ese infecundo lugar y despiadadamente modelado por un mar ya extinto. Leroux sintió una profunda tristeza. Quería abrazarlo todo.

La tenue sombra de la noche cayó sobre él. No sabía qué o quiénes habían habitado esa ciudad ahora hecha escombros, pero fuesen quienes fueran, ya no estaban ahí hace siglos. Mirando de reajo, empezó a caminar cuidadosamente por lo que en alguna remota época fueron avenidas. Las enormes grietas en el suelo, las masas de fierro de extraños colores corroídos por los años eran los únicos objetos que mantenían algún color en un plano totalmente gris. El soldado avanzó hasta toparse con unos promontorios de tierra, se agachó e introdujo un poco del elemento en un tubo de vidrio. Mezcló el contenido con una solución transparente y, al removerlo suavemente, vio cómo éste cambió de color. Introdujo la muestra en un compartimiento especial de su brazo metálico e hizo correr un programa insertado en el chip de su cerebro; esperó unos segundos y los resultados fueron enviados al banco de memoria de la nave que luego, al redactar el informe oficial, serían transmitidos a Terranova.

Las leyes de desintegración radioactiva de la muestra indicaron que un átomo expuesto emitió una partícula alfa, que su masa se redujo a cuatro unidades y que el número atómico disminuyó en dos unidades. También se pudo constatar que un núcleo excitado había emitido radiación gamma y que no había variado ni su masa ni su número atómico, sólo había perdido una cantidad de energía HV. Se dedujo que aún existía radiación, pero sin riesgos de efectos somáticos hereditarios en las células expuestas.

Los resultados diferían de las muestras tomadas 200 años atrás, las que habían mostrado resultados alarmantes, indicando que la radiación alcanzaba niveles extremadamente peligrosos, puesto que el tejido epidérmico humano expuesto al ambiente, se había alterado considerablemente. Habiendo visto y estudiado estos preocupantes cambios sufridos en el tejido, en la estación espacial se había llegado a la conclusión de que el planeta no estaba en condiciones de ser re habitado.

Leroux giró sobre sus talones y vio que uno de sus compañeros, Patrick Gibson, soldado de segunda generación como él, recogía muestras de entre unos promontorios de roca.

68 —Ya me voy a la nave para la recarga molecular. ¿Quieres que te espere? —preguntó su compañero con voz rasposa y profunda.

—No, yo me quedaré a explorar un poco más el territorio. Quédate en la nave con Albert —contestó Leroux indiferente, emprendiendo una caminata por entre las ruinas de aquel novedoso mundo.

Prestaba toda su atención a los alrededores constatando cuán desolados y deprimentes eran. Caminó casi por una hora cuando repentinamente algo llamó su atención. Vio a lo lejos una silueta humanoide correr hacia unas cavernas apostadas

al otro extremo. Sorprendido, Leroux decidió dirigirse al lugar donde le pareció ver la silueta.

Después del fatídico episodio de hacía poco más de mil años, todo signo de vida había desaparecido, debido a una fuerte radiación. Con el paso del tiempo, resurgieron extrañas criaturas a partir de algunos restos de células de animales extintos. Una especie en particular se resguardaba bajo tierra; era una larva nervuda y blancuzca, con una columna vertebral extensa y puntiaguda la cual terminaba en una corta y gruesa cola, que no era otra cosa que la prolongación del coxis; la piel era fría, escamosa y pegajosa; estos mutantes tenían dos largas patas plegadas y sus brazos estaban provistos de largos dedos deformes. Poseían una cabeza similar a la de un calamar, la frente era ancha y estaba llena de pliegues y protuberancias asimétricas, casi como una cresta; sus ojos se asemejaban a los de un humano, quizás el único rasgo que delataba su origen; su nariz era un pequeño hoyo en un rostro plano y triangular. Cada vez que esta criatura abría su enorme boca, lanzaba un estridente grito haciendo crujir las mandíbulas exhibiendo unos dientes puntiagudos.

Estos seres salían a la superficie para beber un hediondo líquido con la finalidad de saciar su feroz sed y cazar pequeños y raros animales que les servirían de alimento. Fuera de las cavernas un feroz viento azotaba los cielos cubiertos de negras y calientes nubes.

Leroux se detuvo a la entrada de la caverna donde el extraño ser había desaparecido. Fascinado, contempló en la sobrecogedora noche la esgrima centellante de los distantes claros y purpúreos relámpagos. Encendió la linterna de su brazo mecánico y observó con detenimiento la entrada de la cueva. Encontró unas huellas largas y retorcidas en el ingreso y, luego de examinarlas

por un momento, decidió entrar. El violáceo telón de la caverna lo devoró completamente.

Caminó por un angosto y opresivo corredor. Era un lugar oscuro y mal oliente. Agachado y con mucha dificultad, avanzaba apoyado a un extremo de la pared, la cual estaba recubierta de una lámina gomosa aislante que emitía un fulgor fosforescente verdoso. Al instante se encontró con otra cámara más amplia donde el aire se espesaba y cuyo olor nauseabundo era como el de la carne fermentada. El soldado se detuvo de golpe. Sus ojos no daban crédito a la pila de huesos apostados a un costado. Era una fosa con miles de restos óseos de todo tamaño y grosor. Ulises se acercó e iluminó uno de los huesos aún provisto de residuos de carne podrida. Continuó caminando y entró a una especie de galería con varios pasillos que se abrían a toda dirección. Escuchó un ruido lejano y constató que sus sensores cuánticos señalaban un lugar específico a unos metros de donde se encontraba. Un tenue fulgor brotó de las piedras del suelo y un repentino silencio invadió la cámara. Al cabo de un momento encontró al ser, lo vio de pie a un lado de la caverna. Parecía que estaba realizando un extraño ritual, porque con sus deformes manos se frotaba el cuerpo y emitía un canto extraño parecido a un llanto. Leroux se ocultó en las sombras y sigilosamente se dirigió al otro extremo de la cámara, donde encontró a otro ser similar, sólo que éste poseía contornos femeninos. Era una hembra y estaba echada en el suelo con las extremidades inferiores separadas esperando a ser poseída. En ese instante Ulises dejó volar su mente hasta llegar a ese recóndito lugar, más allá del alcance de la experiencia donde su parte humana había guardado sus preciadas joyas. Vio el rostro de la mujer que una vez amó siendo hombre. Ella era hija de una pareja de científicos que trabajaba en Terranova en avances tecnológicos. Rememoró la tibieza de la carne, el suave aroma de los cabellos,

el contacto de las manos, la resonancia de la voz, susurros de pasión, jadeos amorosos, pero en esencia todo lo que recordaba se resumía a un toque de demencia, a una pizca de purgatorio, a una gota de infierno.

Lía era una mujer coqueta y sensual; soñaba con conocer el planeta del que a menudo hablaban los longevos de la estación espacial, en el que aseguraban habían existido cosas maravillosas y sorprendentes; donde el aire había sido puro y refrescante, y el agua cristalina sin ese sabor a metal al que estaban acostumbrados los habitantes de la estación. Leroux añoraba estar con Lía, añoraba pasar horas a su lado y perderse en ese mundo donde sólo existían ellos dos. Él la amaba y ella le correspondía. Cuando estaban juntos sus cuerpos entrelazados latían al unísono, temblaban, sudaban, y se convertían en un solo ser. En ese momento, los recuerdos lo llevaron a los mullidos y cálidos rincones de su memoria donde empezó a sentir manos deslizándose sobre su carne palpando, inflamando nuevamente su pasión, tirando de él hacia un orgasmo definitivo y húmedo. Sacudió la cabeza intentando espantar las súbitas imágenes. Suspiró profundo: era una evocación lejana. Pero la añoranza fue más fuerte que su voluntad; recordó el torneado cuerpo que solía apoyar sobre el suyo, el que lo dejaba paralizado y lo hacía aullar cuando su sangre hervía en éxtasis repentino. Hubo un breve y feroz tironeo entre sus sienes; la cuerda nervuda y ligosa de su propia mente. Cuando el hilo de sus pensamientos se rompió por un repentino grito, Ulises retornó su atención a la caverna y vio como esos extraños seres copulaban. Aguzando sus lentes nano cibernéticos pudo apreciar un brillo familiar en los ojos casi humanos del ser. Ambos quedaron echados uno al lado del otro, tomados de la mano. A Leroux le pareció un gesto completamente inusual, casi humano ¿Qué eran? ¿De dónde venían? ¿Cómo pudieron sobrevivir a la radiación?

Leroux salió de la caverna y se perdió en la desolada superficie; caminó por horas hasta que vio un claro bajo el ceniciento horizonte. Encontró otro ingreso al subsuelo y no reparó en entrar. No halló ningún ser, sólo cúmulos de chatarra, piezas de computadoras, repuestos de automóviles, residuos de televisores y restos de dispositivos electrónicos. Introdujo la mano a través de un muro de tierra y tocó algo sólido, algo con protuberancias irregulares y desgastadas; cuando Leroux lo extrajo, vio que era un oxidado transmisor móvil de multimedia, lo que la base de datos de su chip identificó como un teléfono celular del siglo XXI. Lo examinó detenidamente por unos minutos, dándose cuenta de que su batería estaba descargada. Usó los cables provenientes de su antebrazo férreo, lo conectó derivando los datos del aparato a la pantalla de su antebrazo. Empezó a ver imágenes de personas y a escuchar risas; una piscina y niños nadando en ella; un jardín verde lleno de plantas y un hermoso árbol detrás; flores y unos animalitos alados, que sólo había visto en dibujos, trinaban y volaban libremente en un cielo azul hermoso. Siguió examinando la grabación y una canción de fondo se dejó oír: *What a wonderful world*, “Qué maravilloso mundo”, y lo era, realmente lo era. Podía advertir en esa pequeña pantalla que el hombre lo había tenido todo, un maravilloso planeta lleno de extraordinarias cosas: sol, cielo limpio, aire puro, agua cristalina, vegetación, vida. Pero, ¿qué había pasado para que todo eso se perdiera?, ¿cómo todo aquello desapareció? No tardó mucho en averiguar la cruda realidad. Vio en la grabación una escena atroz y devastadora: distinguió a lo lejos de la imagen un punto resplandeciente, apenas una minúscula mota, que cada segundo se hacía más y más grande; era una estela de fuego en el cielo, que empezaba a devorarlo todo en su violenta travesía. Se extendía como una mancha brillante que devoraba el cielo azul y lo quemaba dejando un aura incandescente. Ondas de fuego, que corrían a

una velocidad feroz, quemaban la ciudad. Todo se tornó negro por unos minutos. Leroux, en el artefacto, sólo escuchaba gritos de desesperación: “Por amor a Dios, bajen al sótano”, fueron las últimas palabras que escuchó en la grabación, antes de que ésta se detuviera definitivamente. Los longevos de la estación espacial Terranova jamás habían relatado a las nuevas generaciones qué fue lo que realmente había sucedido en el planeta Tierra hace un poco más de un milenio para abandonarla de esa manera. El soldado sintió rabia por lo que había descubierto, sintió tristeza por los seres mutantes que emergían del subsuelo y que sólo intentaban subsistir, a pesar de su precaria y primitiva vida. Los habitantes de Terranova tenían la intención de volver a la Tierra y volverla a habitar, pero ¿cuál sería el futuro de ese planeta que apenas se estaba curando de los maltratos del ser humano?, ¿valdría la pena el regreso de los habitantes de Terranova?

Ulises caminó hacia la nave, no supo cuántas horas lo hizo, pero su mente se perdió en miles de preguntas sin respuesta. Nació y ha vivido en una estación espacial y varias generaciones pasadas lo han estado haciendo de la misma manera. Eran seres errantes en el espacio sideral.

Cuando Leroux se acercaba a la nave, un destello brillante a lo lejos iluminó el cielo. De pronto escuchó gruñidos y chillidos. Alterado, corrió al encuentro de Patrick y Albert, sus compañeros, que efusivamente disparaban sus fusiles láser contra los extraños seres mutantes: hembras, machos y unos pequeños como niños, que intentaban resguardarse detrás de los mayores, caían en centenares ante el devastador impacto de los rayos.

Leroux se quedó pensativo: ¿Por qué destruirlos si aquellos seres tenían derecho a vivir?, ¿por qué los estaban exterminando?, ¿quién les había dado esa radical orden?, ¿acaso no eran ellos

la consecuencia de las atroces acciones del hombre en tiempos pasados? Ulises no se sentía muy diferente a los mutantes, su existencia también estaba ligada a aquel terrorífico episodio. Con súbita furia que le invadió desde lo más profundo de su ser, tomó su arma y descargó sus municiones sobre Patrick y Albert, para evitar que continúen con la matanza. Los mutantes sobrevivientes empezaron a amontonarse alrededor de sus muertos, mientras Ulises Leroux había entrado en la nave para disparar sobre el tablero de control, destruyendo toda posible comunicación con Terranova. Había decidido quedarse en aquel lugar y custodiar la recuperación natural del planeta y de los mutantes que empezaron a venerarlo como a un dios. Él les transmitiría sus conocimientos para crear una nueva sociedad. Al menos tendría varias décadas en el intento, antes de que los humanos de Terranova mandasen a otro equipo de investigación...

ESPEJO

Me acerco, tú te acercas; me alejo, tú te alejas; vuelvo a acercarme, y vuelves tú a acercarte. Recién, ahora me doy cuenta de que estás dentro del espejo.

LOCURA

Y se acercó a mí y me dijo al oído entre susurros: “Jamás te abandonaré”

TINNITUS

Cuando desperté, todavía estaba allí, zumbando dentro de mi cabeza.

Paráfrasis del Dinosaurio de Monterroso.

CLEPTÓMANA

—¡Qué hermoso collar!

—Lo sé, cuando lo vi por primera vez no pude resistirme.



Poemas y
Micro poemas



☞ **IRONÍA** ☞

¿No es una ironía, mujer;
deseosa, ávida y a la espera,
imposibilitada de asir la primavera
que entre tus dedos quisieras ver florecer?

☞ **AURORAS DE PAPEL** ☞

¿Es tuyo este sufrimiento, o es mío?,
¿es tuya o es mía esta amargura?;
la sangre que ávida se apresura,
hoy parece haber perdido su brío.

Dejé de ser yo misma, me convertí en escalofrío
pálido, sacudiendo mi figura,
al filo lóbrego de la sepultura,
en el que desemboca el tiempo como un río.

No eres más el vendaval que una vez fuiste,
suave sobre mi piel, hoy eres sólo brisa triste,
ocaso del alma y de la piel.

Fuiste, y ya no eres; qué infortunio;
pasaste de oscilar en resplandeciente plenilunio,
a palpitar en auroras de papel.

☞ **TUS HORAS** ☞

Tus horas se me enterraron en la carne, como agua
en la arena, como rayos de luz en el cristal;
y al llevarlas te llevo conmigo, como balsa
navegando por mis venas, lúbrico y carnal.

☞ **ENCUENTRO** ☞

Cuando nuestros ojos se encontraron,
el Universo suspiró.

☞ **PALABRAS** ☞

¿Sucumben las palabras? ¿A dónde van? ¿Habrá una cueva
donde silenciosas en oscuridad se adormecen?
¿Esas que hablaron ayer, más que hoy enmudecen,
podrían recuperar mañana vida nueva?

Cuando las palabras brotan, se modulan y llevan
voz, compás y acento que las embellecen,
adquieren forma y estremecimientos; les crecen
alas de luz que al cielo gráciles las elevan.

Las palabras pronunciadas son como bandadas
de ágiles aves, que alejadas
podrían permanecer, pero a la larga desearían volver;
ellas no mueren, no sucumben; son eternas compañeras
a la espera de un deseo, de un pensamiento que nuevamente
les permita nacer.

☞ **ESA MUJER** ☞

Yo soy esa mujer de pie ante la ventana
con la mirada errante a lo lejos,
buscándote en el horizonte entre brumas
dentro de ese paisaje soñoliento;

yo soy esa mujer, melancólica de amores
diseminados al albor de otro hemisferio,
con trémulo estremecimiento entre los labios,
y un temblor de tactos entre los dedos;

yo soy esa mujer, cuyas frases mudas
regresan en oleajes como un eco,
perorata o monólogo, ¿quién sabe?,
¿quién sabe si auroras de papel u oscuros reflejos?

Y el tiempo transcurre, y los días,
observando las constelaciones que iluminan el cielo,
transportando ilusiones a insólitas riberas,
cargadas de anhelos y de sueños.

Sosiego aparente neutraliza mi rostro,
al momento que el huracán se me precipita dentro.
Algunos me ven como efigie misteriosa,
carea pálida de estoico gesto;
otros me ven como ausente soñadora,
varada en el enigma del tedio;
pero tú me ves en los bravos remolinos
y en las tempestades de mi mar interno;
la arrítmica explosión de mis latidos,
el violento rugir de mis deseos.

Lo escuchas y ves todo, oh, sí, porque estás colgado
en el relicario junto a mi pecho.

☞ **TU VOZ** ☞

Tu voz llegó para llenar de anhelos mi vida,
esa voz que me arropa cuando me hablas,
ella eres tú, mezclándote con mi aliento
desbordándote en música y en palabras.

 Cuando llegas a mis oídos,
 leve caricia, melodía aterciopelada,
es como si tu mano tocara a mi alma.

Tu voz es el tañido de una gloriosa campana,
brisa que fluctúa entre las ramas.

 Te escucharía al menguar las luces
 de las tardes otoñales y doradas;
 te escucharía sin interrumpirte
hasta que brotara la aurora temprana;
 te escucharía con la mirada fija
 en tus ojos serenos que descubren
nuevos mundos llenos de resonancia.

97

 Tú eres la voz que roza mis mejillas,
 que hace vibrar mi espalda,
 que me penetra dócil y lentamente,
 como en el cauce penetra el agua.

Háblame. No dejes de hacerlo porque te escucho,
encontrándote un poco más en cada palabra.

☞ **CANCIONES** ☞

Deseo escuchar de tus labios la melodía
que envuelve mi cuerpo de ondulaciones,
y que enredes arpas y trombones
en sumisa y feroz algarabía.

Las resonancias languidecen en lejanía,
más continúan arrullándome tus canciones,
pintando de colores las visiones
de mi monocromática melancolía.

☞ **EXISTEN** ☞

Existen secretos que se esconden en besos prohibidos,
Espigas que ciñen, mientras a otro con sus espigas envenenan;
 hay frases modulando en tonos escondidos,
así como los truenos que dentro del alma resuenan.

La incertidumbre brota con tintes de certeza,
 que avanza hacia la infalible verdad,
y envuelve las horas de indescriptible tristeza,
más específica y evidente que cualquier realidad.

Existen sufrimientos que ahogan, que jamás se olvidan,
y existen amores que destrozan, y que no pueden morir;
 hay dagas que a la muerte invitan,
y una vida absurda que nos tocó vivir.

La presente edición se terminó
de imprimir el mes de Noviembre de 2016
en Talleres Gráficos “KIPUS”
c. Hamiraya 127 • Telf./Fax: 591- 4 - 4582716 - 4237448